

Marcuse, Herbert. (2022). *Filosofía, psicoanálisis y emancipación*. Segovia: Materia Oscura. ISBN: 9788412377552. Reseñado por: Rebeca de Sousa Santana. Universidad de La Laguna.

Como bien ha señalado George Katsiaficas, Herbert Marcuse llegó a ser más conocido de lo que muchos recuerdan ahora (Marcuse, 2005, p. 192). Su fama rápidamente se transformó en notoriedad, si bien es cierto que esta no llegaría hasta bien avanzada su vida. Como pensador nacido en el cambio de siglo, su voluntad filosófica pronto tuvo que hacerse cargo de algunos de los desafíos teóricos más complejos de los últimos tiempos: dos guerras mundiales, la Revolución Rusa, el ascenso de Hitler y el Holocausto, la Guerra de Vietnam, la configuración del Estado industrial propio del capitalismo avanzado, y en fin, la crisis de los propios proyectos socialistas emancipadores. En la década de los treinta se incorporó al Instituto de Investigación Social, comprometido con la elaboración de una teoría social crítica interdisciplinaria con la que Marcuse se identificó profundamente. El renombre mundial le llegaría a partir de los años sesenta. En virtud de una afortunada sincronización entre sus ideas y las sensibilidades políticas del momento, la esfera mediática terminó asignándole a Marcuse el rol de “padre” de la «Nueva Izquierda», y su nombre quedó incorporado a las llamadas *tres emes* de la época: Marx, Mao, Marcuse. Siempre se negó a asumir esta posición, pero sí mantuvo hasta el final de su vida un diálogo atento —aunque no siempre tan armonioso— con estos movimientos. Si algo puede decirse de Marcuse es que su ojo crítico nunca desvió la mirada de los desafíos contra los que le enfrentó su tiempo. Sus textos dan buena cuenta de ello.

Filosofía, psicoanálisis y emancipación es el quinto de los seis volúmenes que integran los *Collected papers of Herbert Marcuse* que la editorial Routledge comenzara a publicar a partir de 1998. Editados por Douglas Kellner, los *Collected papers* constituyen el intento más completo por reintroducir el pensamiento marcusiano en los discursos contemporáneos, con la publicación de abundante material hasta ahora inédito en español, y por lo tanto, generalmente desconocido en el ámbito académico hispanohablante. Esta quinta parte, que vio por primera vez la luz en el año 2011, aparece ahora traducida al español de mano de Materia Oscura, cuyo catálogo cuenta ya con el tercer volumen de la colección, *La nueva izquierda y la década de 1960*, publicado también durante el pasado 2022. El contenido de este quinto volumen puede organizarse en tres bloques, coherentemente con su título: filosofía, psicoanálisis y emancipación. El hilo que nos conducirá a través de estas tres cuestiones bien podría tener su origen en aquella tela de araña de la dominación que tan fatalmente preso tiene a nuestro mundo, y que como Marcuse nos desvelara en *El hombre unidimensional*, es la tela de araña de la razón misma (Marcuse, 1981, p. 194). Formulado de manera sencilla: ¿por qué cada paso dado en dirección a la emancipación parece devolvernos ineludiblemente a la barbarie? Esta va a ser la pregunta que oriente esta selección de textos.

Tras un extenso y minucioso estudio introductorio, escrito a tres manos por Douglas Kellner, Clayton Pierce y Tyson Lewis, encontramos un primer conjunto

de textos dedicados al debate con las escuelas filosóficas europeas y norteamericanas de principios del siglo XX. Agrupados bajo el título «Intervenciones filosóficas», estos primeros artículos parten de un activo compromiso crítico con las tendencias del positivismo, el pragmatismo y los sistemas de conocimiento idealistas, para Marcuse, oponentes de cualquier teoría verdadera sobre la sociedad. Considerar la sociedad como un organismo natural que puede estudiarse por medio de la ciencia conduce a que cuestiones como la libertad, la razón o la igualdad queden legítimamente subordinadas a interpretaciones pretendidamente neutras, y sin embargo, no exentas de fundamentos fetichizantes. Se genera un cambio de significado: del conocimiento a la aprehensión. De ahí que para Marcuse el positivismo de la filosofía científica represente la negación antidualéctica de la metafísica, y que desde su alineamiento con el materialismo dialéctico, le asigne un carácter extremadamente reaccionario.

Marcuse dirige también duras críticas a la epistemología subyacente al pragmatismo, como muestran sus reseñas de las obras de John Dewey *Lógica: la teoría de la investigación y Teoría de la valoración*, ambas publicadas en este volumen. En una especie de intento de reanimación de la vida democrática, Dewey busca aplicar los métodos y estándares de la ciencia en la resolución de los problemas sociales y políticos de la sociedad industrial, programa en el que los sujetos, con sus respectivos intereses y campos de deseo, desempeñan un papel fundamental. Pero para Marcuse, la investigación experimental deweyniana, en sus empeños por cultivar el conocimiento desde un contexto empírico, olvida que dicho contexto está completamente sumergido en la racionalidad y los valores característicos de la sociedad industrial. Marcuse encuentra en la

propuesta de Dewey una sobredependencia de los entornos socioculturales existentes que lleva implícita su aceptación. La propuesta de Dewey es capaz de evaluar las posibilidades empíricas de satisfacer un determinado interés o deseo humano, mostrar las consecuencias que resultarían de su realización e incluso preguntarse por cuán “razonable” sería satisfacer dicho deseo. Sin embargo, sostiene Marcuse, nada puede decir sobre los deseos que prevalecen, de hecho, en los seres humanos. En su voluntad de salvar la validez de los valores democráticos existentes, Dewey abandona las cuestiones de la valoración, la crítica y la transformación a un “sentido común” que juzga la adaptación a las condiciones existentes como algo perfectamente razonable. Pero lo cierto es que este “sentido común” está encarnado en la realidad empírica, y que por lo tanto, operar bajo su criterio contribuye a reproducir el paradigma del capitalismo industrial y sus tendencias totalizantes. Pese a su relación crítica con el liberalismo moderno, Dewey renuncia a examinar los rasgos estructurales y psicosociales propios de la sociedad industrial, y con ello, consiente que la cultura dominante producida por el capitalismo tardío continúe avanzando sin respuesta. Su teoría de la valoración no resultaría problemática en un contexto existencial proclive a la democracia, pero funciona igualmente bien en uno totalitario. Es esta insuficiencia crítica la que Marcuse intenta poner de relieve.

Se vuelve entonces necesario pensar un nuevo campo para el deseo, y será precisamente esta necesidad lo que aproxime a Marcuse a la gramática freudiana. Marcuse encuentra en Freud un marco conceptual muy valioso para pensar sobre los regímenes sociales contemporáneos. Tal y como se nos desvela en la introducción:

Tras la lectura crítica de Freud de Marcuse, podemos ver un nuevo lenguaje teórico y conceptual emergente que llevó a sus investigaciones hacia una conceptualización de cómo las pulsiones biológicas de los individuos habían sido atraídas hacia el aparato productivo de la sociedad industrial avanzada. (p. 101)

Este es justamente el sentido en que debe entenderse la presencia en este volumen del conjunto de textos dedicados al debate con el psicoanálisis, reunidos bajo el título «Intervenciones psicoanalíticas». En ellos encontramos a un Marcuse crítico con los aspectos más conservadores de la teoría freudiana, pero también una defensa de los que consideraba sus puntos más revolucionarios. Para Marcuse, uno de los aspectos más potentes de la teoría del psicoanálisis es su visión de la enfermedad del individuo como una expresión simbólica y sintomática de tensiones y conflictos arraigados en las estructuras socioculturales. En este sentido, la salud no sería más que una adecuación a los estándares de una sociedad enferma, y la tan ansiada felicidad carecería de potencial transformador alguno, en tanto que ha terminado quedando vinculada con la sociedad de consumo y la industria cultural. De aquí partirán las críticas de Marcuse a los freudianos revisionistas y a las psicologías estadounidenses del yo.

El capítulo inicia con la respuesta de Marcuse a la réplica que Erich Fromm había dirigido a su epílogo de *Eros y civilización*. Marcuse entiende las nociones de Fromm de amor productivo y salud como formas de alienación, y encuentra en su obra una identificación entre humanismo marxista y ética idealista resultante en una complicidad con el *statu quo*, que es precisamente lo que nos mantiene encadenados a la

enfermedad. En contraste con esto, y avanzando en nuestra colección de textos, Marcuse encuentra en *Mito y culpa*, de Theodor Reik, y en la antología *Arte y psicoanálisis*, de William Phillips, una alternativa reseñable para el psicoanálisis estadounidense, en la medida en que son capaces de recuperar aspectos esenciales de la teoría freudiana como son el análisis del mito psicoanalítico y la relación del psicoanálisis con la estética, para Marcuse, dos aspectos sumamente potentes de la propuesta freudiana que habían sido descuidados por Fromm. A estos textos les sigue un artículo sobre la obsolescencia de la teoría psicoanalítica, en el que Marcuse defiende que el auge de las nuevas tecnologías de gestión de la sociedad unidimensional exige que el modelo freudiano de autoridad sea reemplazado; el nuevo orden social trae consigo la decadencia de la autoridad paterna. El psicoanálisis está condenado a la obsolescencia porque no cesa de intentar restaurar una forma individual en un mundo que ya no permite su existencia. Pero esto, dirá Marcuse, sitúa a la teoría psicoanalítica en una perspectiva privilegiada para el análisis. Así pues, es justamente en el carácter obsoleto del psicoanálisis donde reside su poder crítico.

En el texto que cierra este segundo bloque, Marcuse emprende un análisis genealógico del concepto de muerte en el pensamiento occidental, con especial incidencia en las maneras en que este ha sido puesto en relación con el control y la dominación. En este sentido, naturaleza, Estado y religión aparecen como grandes productores históricos de lo que Marcuse denomina «ideología de muerte», cuyo análisis remite a los modos en que el poder sobre la vida adquiere la forma de un dispositivo de control y coerción de la sociedad. La producción de ideología de muerte por

encima de la vida es un rasgo inherente al funcionamiento de la sociedad tardocapitalista. Frente a esto es preciso desarrollar un nuevo modo de subjetividad que permita repensar el vínculo entre vida y progreso, de manera que no sea ya la sociedad la que piense su relación con la naturaleza, sino la propia relación con la naturaleza la que piense en la sociedad. Invertir la lógica de la dominación, rechazar la ideología de muerte, emprender una reconstrucción social que apunte hacia una política afirmadora de vida. Esta es la propuesta de Marcuse, y a ella remiten, unos más explícitamente que otros, todos los textos agrupados en el tercer bloque de este libro. Sus premisas, abordajes y estilos son diversos, con variedad también de géneros textuales —artículos, conferencias, emisiones radiofónicas, reseñas, ensayos inéditos, entrevistas...—, pero todos ellos se dirigen, de una u otra manera, a confrontar el diagnóstico crítico de Marcuse con diferentes campos del saber, como la ciencia y la tecnología, la política, la cultura, y por supuesto, la filosofía.

En los capítulos «De la ontología a la tecnología» y «Reflexiones filosóficas sobre ciencia y tecnología» encontramos una muestra significativa de las principales críticas de Marcuse a la racionalidad tecnológica y la civilización industrial. Algunos de estos textos dan también buena cuenta de la apuesta de Marcuse por una «ciencia de la liberación», capaz de eliminar las formas opresivas de nuestras tecnologías actuales, a fin de llevar a cabo una reconstrucción radical de la sociedad que permita el desarrollo de seres humanos multidimensionales. Por otro lado, destacan los textos en los que el autor se muestra interesado en iniciar una discusión con la comunidad científica, prueba de sus recurrentes incitaciones a que esta cuestionase su conformidad con los valores empresariales y militares

subyacentes a gran parte del conocimiento científico que se estaba generando en Estados Unidos. Llama la atención también su comentario a *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, de Edmund Husserl, uno de los pocos textos donde Marcuse regresa a la fenomenología de manera explícita para analizar una cuestión filosófica.

En el capítulo «La filosofía en el mundo contemporáneo» encontramos un lugar de confluencia explícita con las posiciones del Instituto, con sendos textos escritos en homenaje a Theodor W. Adorno y Max Horkheimer. Les siguen un ensayo sobre la paz como utopía, centrado en la guerra y la violencia procedente del sistema, donde Marcuse intenta una caracterización de la paz como forma de vida social; la transcripción del discurso pronunciado por Marcuse ante la división del pacífico de la Asociación Filosófica Americana, en defensa de una concepción tradicional de la filosofía frente al paradigma positivista imperante; y una conferencia donde se presentan diversas perspectivas dialécticas sobre la religión, críticas con la ortodoxia religiosa en tanto aliada del conservadurismo, pero reconocedoras del espíritu crítico de las tradiciones proféticas.

El capítulo «Una conversación con Marcuse» reproduce íntegramente la entrevista que el filósofo concedió a Sam Keen y John Raser en 1971, en la que se abordó una amplia variedad de temas tales como sus opiniones sobre la psicoterapia y la psicología de grupo, la construcción del individuo, la relación entre humanidad y naturaleza o el lugar que debe ocupar la violencia en la lucha social. Especialmente relevante, a propósito de los contenidos anteriores del libro, es la diferencia de posturas que surge entre Marcuse y sus entrevistadores en relación con las posibilidades políticas de la psicoterapia y el psicoanálisis. Encontramos a unos

Keen y Raser partidarios de interpretaciones más populares y actualizadas del psicoanálisis, en contraste con un Marcuse que se muestra crítico y escéptico con estas posturas.

El capítulo «Reflexiones filosófico-políticas tardías» es el encargado de cerrar este último bloque, y en él se recogen, precisamente, algunos de los textos con los que se cerraría la obra, y la vida, de Herbert Marcuse. Aparecidos en 1979, último año de vida del filósofo, estos trabajos son testimonio de la fase más madura del pensamiento marcusiano. El capítulo inicia con una conferencia pronunciada poco antes de su muerte, en la que Marcuse describe cómo dentro del movimiento ecologista está produciéndose una fatal transmutación de las críticas radicales en soluciones favorables a los intereses empresariales. El segundo texto, también una conferencia, constituye un relato particularmente lúcido de las ideas más importantes de Marcuse sobre la relación entre tecnología y sociedad. Para terminar, una entrevista, en la que la Dra. Helen Hawkins, directora de la oficina de humanidades del canal de televisión KPBS, interroga a Marcuse sobre su proyecto filosófico, su particular concepción de Freud y sus principales ideas políticas.

Marcuse estaba convencido de que las *semillas* que permitirían un cambio auténticamente radical debían buscarse en las grietas de la organización masiva de la sociedad, en lo marginal, en lo no tenido en cuenta; ahí es donde pueden emerger las sensibilidades alternativas, donde la subjetividad de los seres humanos es verdaderamente susceptible de cambiar. Quizá esta idea pueda servir de inspiración para pensar en los escritos recogidos en este libro: textos menos centrales en la obra del autor, un poco olvidados, pero no por ello desdeñables, sino todo lo contrario. Hay algo muy

digno de ser atesorado en los textos sobre los que aún no se han vertido interpretaciones canónicas, en lo que los textos encierran previamente a su apropiación por parte de los sectores académicos; un algo que quizá pueda parecerse un poco a esas *semillas* en las que pensaba Marcuse. Como afirma Andrew Feenberg en su memorable epílogo, Marcuse no predijo la revolución, pero elaboró las condiciones de su posibilidad (p. 345). Ahora es tarea nuestra aprender a dar buen uso a herramientas teóricas que, a tal fin, nos legó.

Referencias

- Marcuse, H. (1981). *El hombre unidimensional*. Ariel.
- Marcuse, H. (2005). *Collected papers vol. 3: The New Left and the 1960s*. Routledge.
- Marcuse, H. (2022). *Filosofía, psicoanálisis y emancipación*. Materia Oscura.

Cancela Rodríguez, Ekaitz (2023). *Utopías digitales. Imaginar el fin del capitalismo*. Barcelona: Verso, 252 páginas. ISBN: 978-84-125715-5-4. Reseñado por: Clara Navarro Ruiz. Universidad Complutense de Madrid.

En ciertos ámbitos de la cultura popular resulta casi un lugar común hacer del *boomer* la figura paradigmática de la madurez mal llevada. Según este célebre tropo, el *boomer* (o sea, el individuo perteneciente a la generación nacida en la época del baby boom) encarna la actitud de aquellas personas que han convertido el paso del tiempo en un motivo para la acumulación de resentimiento y desdén hacia cualquier novedad que resulte, real o imaginariamente, una amenaza a las gramáticas cotidianas que se consideran asentadas. A pesar de la viveza de este estereotipo hay algo que, sin discusiones, ha envejecido mucho peor que cualquier digno representante de esta actitud vital: la imagen progresista y *cool* de las empresas tecnológicas. Aunque siga prevaleciendo la forma de vida de Musk o Bezos como un modelo aspiracional (lo atestigua cualquier vistazo rápido a alguno de los podcasts, posts u ofertas de cursos y formaciones para lanzar negocios digitales), la práctica real de muchos de estos empresarios –véase el ejemplo de Twitter– está dejando definitivamente atrás esta imagen de perfección y progresismo. También muy lejos quedan las primeras intervenciones de Morozov, quien ya ha reflexionado retrospectivamente sobre los errores de aquel discurso inicial que veía en la progresiva influencia de internet en nuestras sociedades un paso directo hacia a la emancipación (2011, 2013).

Es claro: aunque nadie niega algunos de los indudables avances que ha traído consigo la generalización del uso de tecnologías de la información y la conectividad, también sufrimos de forma cada vez más prístina sus peores consecuencias. La intersección entre tecnología digital, sociedad y poder se ha impuesto como un área de reflexión cada vez más insoslayable que, en el ámbito

hispanohablante y sector cultural español, tiene a uno de sus mayores representantes en Ekaitz Cancela. La solvencia y completud de *Utopías digitales* es buena muestra de que la reflexión de este pensador tiene tras de sí una larga trayectoria de trabajo que fructificó ya en su *Despertar del sueño tecnológico* (2019). Con este nuevo texto, Cancela se une a los esfuerzos de autores tan diversos como Fuchs (2021), Benanav (2021), Pfeiffer (2022) o Staab (2019) en el intento de radiografiar la economía política digital o, lo que es lo mismo, el específico entrecruzamiento de la dinámica capitalista con la tecnología.

Más allá del riguroso análisis teórico que encontrará quien lea este texto, la intervención de Cancela se diferencia por la específica proyección que dota a sus páginas, la cual se adivina ya en el mismo título. Me refiero a la necesidad de vislumbrar alternativas –utopías– para un futuro que, muy intencionadamente, se nos presenta como obturado desde toda representación cultural. Muy en la línea de la clásica argumentación de Adorno y Horkheimer (al que debíamos una referencia dado el monográfico en el que se publicarán estas líneas) Cancela introduce su libro abogando por la necesidad de disolver mediante la presentación de alternativas una alienación que «siguiendo estúpidas utopías corporativas, con sus patrones de conducta, proyecciones de futuro, itinerarios, mecanismos financieros, algoritmos con funciones criptográficas o simplemente producciones culturales, como las películas» nos mantiene en un estado de cosas en el que «[I]a única forma posible de existencia [...] tiene lugar a través de la mediación comercial» (Cancela, 2023, p. 12). Este particular punto de vista alinea a Cancela

con aquellos esfuerzos que buscan superar la omnipresencia de distopías que pueblan el escenario cultural. Un interés que se muestra como una necesidad social dado el reciente éxito de los ensayos de Layla Martínez (2020) en torno a los discursos utópicos o la intervención de Marta Peirano (2022) dirigida a abordar de forma distinta la emergencia climática. Al fin y al cabo, pensar la tecnología y sus posibles efectos políticos, con la mirada puesta en el futuro, es la única respuesta posible a las preguntas fundamentales que Cancela plantea al comienzo de su texto: «Pero, ¿y si no bastara con entender el desarrollo tecnológico capitalistas y modificarlo ligeramente para adaptarlos a las leyes motrices del socialismo? ¿Y si fuera necesario utilizar la tecnología para echar mano al freno de la historia, pensar en nuestra relación con las herramientas digitales y diseñar alternativas reales, una praxis que ahora se encuentra confinada debido a la hegemonía de Silicon Valley y Wall Street sobre nuestra imaginación?» (p. 18). Se podría argumentar que estas preguntas son las únicas posibles desde una teoría crítica de la tecnología. No obstante, que esto sea así, no minimiza la importancia de dichos interrogantes. Tanto más cuando las posturas de un cierto tecnoopimismo naïve (representado por Bastani [2019] y Srnicek & Williams [2017] en sus versiones de mayor éxito) siguen muy presentes en nuestros imaginarios.

Valga lo dicho para dar cuenta que el ensayo de Cancela apunta directamente al corazón teórico de una discusión contemporánea central, que sus capítulos desgranar en un movimiento que parte del análisis de la infraestructura material de las tecnologías digitales y recorre su vertebración en nuestras ciudades, subjetividades y formas políticas. El

análisis del presente, además, se complementa con consideraciones de las posibilidades y apuestas históricas (exitosas y derrotadas) que han tenido lugar en la conformación de la estructura político-tecnológica que poseemos actualmente. Por descontado, el interés de estos apuntes va más allá de lo estrictamente teórico, pues permiten discernir qué propuestas conducen a caminos probablemente aporéticos – Cancela se muestra muy crítico, por ejemplo, con la estrategia política de la Unión Europea en lo referido a la producción tecnológica– y cuáles otros nos podrían permitir imaginar un futuro con razonable esperanza, a pesar de su anterior fracaso (y en este sentido, no sería descabellado, cree Cancela, intentar repetir la experiencia contrahegemónica de aquellos países que, en los años 70, conformaron el movimiento de países no alineados [pp. 229 y ss.]). Para comprender mejor este recorrido, lo más útil será que presentemos brevemente algunos de los momentos más significativos del texto.

Como ya hemos anunciado, el texto se abre con una presentación de las infraestructuras materiales de nuestra conectividad, señalando las raíces coloniales e imperialistas del presente tablero de juego económico. Cancela nos descubre así que la estructura de extensa red de cables transocéanicos que garantizan que podamos comunicarnos con cualquier parte del mundo a cada vez mayor velocidad depende en gran medida del viejo monopolio británico de la gutapercha. Dicho material, obtenido de la savia de ciertos árboles, permitió en el siglo XIX la conformación de la infraestructura telegráfica británica que es origen directo de su infraestructura actual. Según Cancela, la influencia de dicho origen sigue permeando en la forma que pensamos Internet, pues ayuda a conformar una relación de

subordinación colonial entre países por la cual «mientras las grandes potencias erigían los costosos canales para la conexión entre los puntos espaciales con el objetivo de controlar el acceso a las infraestructuras, los países con los que comerciaban sufrían sus consecuencias (el robo, la rapiña, la violencia y los ríos de sangre asociados con la expropiación» (p. 24). La ruptura de esta dinámica, que encontramos funcionando de forma idéntica en torno a tantos otros esquemas productivos y materias primas, solo puede solucionarse, a ojos de este autor, rebajando el grado de concentración de la propiedad sobre esta infraestructura de cableado transoceánico. Para ello, nos ofrece el inspirador ejemplo de la estructura india SEACOM e invita a repensar la vía pacífica de creación de alternativas a través de la creación de asociaciones que permitan otro modo de propiedad sobre estas infraestructuras. Esta argumentación permite relacionar la intervención de Cancela con aquellas intervenciones que están pensando la tecnología desde sus aspectos referentes al equilibrio sistémico de nuestro entorno, tal como realizan las propuestas de Almazán (2021) o Arenas (2021).

Esta necesidad de «desencabalar» (por usar el célebre término polanyiniano) las estructuras sociales de la anatomía de la propiedad privada sobre las infraestructuras tecnológicas ocupa a Cancela también en el segundo de los capítulos, donde se constata la presencia en nuestras finanzas cotidianas de los intereses del nuevo establishment de la economía digital. Esto tiene su origen en la creciente importancia del *big data*, que según atestigua este texto, está por ejemplo bajo muchas de nuestras preocupaciones en torno al precio de nuestro alquiler. Esto es así porque los centros de *big data* han generado una progresiva financiarización de la estructura de Internet. Cancela nos

recuerda que el matrimonio entre digitalización y finanzas no es nuevo: el propio desarrollo de los derivados financieros a partir de los años 80 se sustentó, de hecho, sobre los centros de datos y sus modelos informáticos. Sin embargo, la creciente estructura financiera de nuestras sociedades ha adquirido una nueva dimensión tras la crisis de 2008. Los centros de datos sostienen y aseguran la matriz extractivista de nuestras sociedades, en tanto «aseguran la transformación de la naturaleza en capital a un ritmo constante [y] facilitan que el trabajo en la economía digital y la energía humana que se desprende para mantenerla en marcha sigan recayendo sobre la explotación de la biosfera» (p. 45). Esto se realiza i) bien mediante la clasificación de diversos perfiles de mercado cuyas predicciones aseguran y garantizan las mejores condiciones para la acumulación del capital (en el caso, por ejemplo, del mercado inmobiliario); ii) ora gracias a la perfecta combinación de disponibilidad-prescindibilidad de la fuerza de trabajo en algoritmos dirigidos a la colocación de la fuerza de trabajo (López Calle, 2020, p. 99).

Todo ello, al precio de minar las infraestructuras materiales que sostienen la existencia, dada la enorme necesidad de agua de estos centros de datos para su refrigeración. A este respecto, Cancela da cuenta de diversos ejemplos de luchas locales (en Holanda y Estados Unidos) que ya hoy se están oponiendo a la canalización de recursos para sostener el mantenimiento de dichas estructura. El autor nos alerta asimismo del sinsentido de iniciativas como la del programa ASCEND de la Unión Europea, el cual está analizando «la viabilidad de poner centros de datos en órbita espacial» (p. 43), manifestando claramente el carácter predador de la lógica de acumulación capitalista. Sea como sea, el teórico vasco –en consonancia con lo que nos dicta el sentido común– defiende la

posibilidad de poner los centros de datos al servicio de los intereses públicos de la ciudadanía. Estos pueden ayudarnos en la tarea de «crear ecosistemas artísticos, prácticas culturales y acciones colectivas antisistémicas», siempre que, desligándolos de las dinámicas de mercado se imponga que «la única barrera de acceso para disfrutarlos sea habitar en este espacio colectivo llamado Tierra» (p. 52).

La perspectiva histórica se acentúa en el siguiente de los capítulos de Utopías digitales, en el que Cancela describe la genealogía del estado de cosas actual en la que nuestro presente de constante «crisis ha puesto de manifiesto muchos de los problemas de la globalización y ha complicado la preponderancia de la alianza transatlántica» (p. 58), mostrando que la vieja Europa es ahora un territorio «subdesarrollado en términos tecnológicos, incapaz de impulsar estrategias de autonomía tecnológicas distintas a la competencia en el mercado mediante enormes subvenciones a la composición de los capitales nacionales, e inmerso en una espiral de desindustrialización sin precedentes» (p. 59). Lo crudo de la descripción no le resta exactitud. No obstante, hemos de ser conscientes de que hubo otras posibilidades históricas, como aquella que buscó impulsar la industria de la computarización a lo largo de los últimos treinta años de la RDA. El fracaso del proyecto (debido, entre otros factores, a la desconfianza existente entre los países del bloque oriental en el contexto de la Guerra Fría, así como a un enfoque centrado en el sector militar, antes que en el comercial), lejos de conducirnos al desánimo, ha de ser visto como una oportunidad «para gestionar la economía vernácula de muchas maneras distintas» (p. 74). Se trataría aquí de trabajar para ir más allá del marco de la competición por

hacerse con la hegemonía del mercado de chips y apostar por «la autosuficiencia y la autonomía que ofrecen las industriales locales», lo que podría traducirse en «introduci[r] a las nuevas generaciones en las industrias avanzadas, dotándolos de los mayores avances computacionales y poniendo todo su ingenio al servicio del bien común [...] para volcar toda su creatividad en proyectos de desarrollo colectivo» (p. 74). Siempre teniendo presente, eso sí, que el objetivo último de este impulso ha de ser el de trascender el actual sistema social, económico y político, lo que implica, claro, «decidir sobre la potencia informática y computacional que necesita una sociedad organizada de manera distinta al mercado» (p. 75).

En esa tarea resulta fundamental atender a las transformaciones subjetivas que ha generado nuestra infraestructura social de carácter digital. Esta es, precisamente, el siguiente tema que aborda Cancela en las páginas que estamos comentando y es a un tiempo el momento de la argumentación que se explica con mayor prolijidad.

El fundamento básico de la antropología more digital se encuentra expuesto en la propia introducción del texto, donde se expone una fenomenología de algunas de las figuras que pueblan la sociedad digital. En primer lugar, encontramos en ella al Homo Davos. Este es aquel hombre que, autopercebándose como un creativo emprendedor, «encuentra soluciones a sus problemas a través de las únicas instituciones en la modernidad capitalista, el mercado y el Estado, este último siempre guiado por dinámicas tecnocráticas» (p. 15). Dicho sujeto tendría como contraparte (no excluyente) el consumidor soberano, o sea, el «usuari[o] que se cre[e] a cargo de su propio destino, pero cuyo único camino para avanzar en la vida, para

descubrir las facetas de su personalidad o sus identidades más profundas es escoger entre servicios premium» (p. 15) y ambos estarían acompañados, por último, por los emprendedores que, haciendo gala de un discurso meritocrático, «únicamente pueden socializar sus descubrimientos e inventos por obra y gracia de herencias familiares o, por el contrario, de fondos de capital de riesgo, los cuales prestan dinero a aquellos que pueden ofrecer un modelo de negocio, casi siempre basado en la extracción y comercialización de datos sobre comportamiento humano» (p. 15). La racionalidad inherente común a estas tres figuras es evidente: se basa en el principio de origen neoliberal por el que el vínculo social se asienta sobre la necesidad de «economizar todo, convertir a cada sujeto en un consumidor y en un productor de memes comunicativos, en individuos que innovan o se desarrollan dentro de plataformas comerciales» (p. 82), comportamiento sustentado sobre una estrecha concepción de libertad individualista que «reproduc[e] las formas de explotación necesarias para la existencia de la desigualdad» (p. 89). Bajo el modelo único de la socialización a través de los mecanismos de las redes sociales, toda experiencia en planos extraeconómicos se canaliza mediante la competencia y, con ello, la devuelven al plano económico al «imponer la forma del intercambio», dado que «[a]l fin al cabo, no existe forma distinta de relacionarse en estas plataformas que conseguir más me gusta o incrementar interacciones» (p. 85).

Los efectos perversos de esta lógica son bien conocidos y pasan por un aumento de las tasas de depresión, ansiedad, insatisfacción corporal o sentimientos de soledad no elegida (Cancela, 2023, p. 87). También está transformando nuestra esfera pública discursiva. El criterio de viralidad como nuevo principio primero de la ratio

capitalista está generando un *general intellect* en el que «priman *youtubers*, tuiteros o todo tipo de memes intelectuales que predicán y refuerzan mecanismos de legitimación del neoliberalismo como la ignorancia, la confusión, la conspiración o simplemente el consumismo digital» (p. 92), todo lo cual lleva a la necesidad de concluir, sin duda, que «[l]a manera en que la gente se relaciona mediante *Twitter* debe ser abolida, pues ha ocupado categorías económicas en nuestra vida, como la cultura o la sociedad» (p. 107).

En orden a conseguir tal objetivo y en un movimiento sin duda heterodoxo, el libro nos invita a mirar con otros ojos a la política digital china en lo referido a la atención a los mecanismos del mercado. Sin negar los elementos securitarios de la experiencia oriental y sus consecuencias autoritarias en lo referente al crédito social –Cancela califica de «fanático» el interés del gobierno asiático por el control de la población (p. 101) y muestra las «limitaciones de las aproximaciones algorítmicas» (p. 98)– es cierto que hay algunos aspectos de su intervención que están siendo opacados, según Cancela, por la recepción habitual en los medios de comunicación hegemónicos en Occidente. Nuestro autor sostiene que China, buscando canalizar corporativamente las alternativas económicas de los movimientos sociales, está demostrando de forma fáctica que los mecanismos mercantiles no funcionan más eficazmente por sí solos (tesis claramente contrapuesta a la defendida por el bloque estadounidense) y que al contrario, mejoran con cierto grado de intervención. Tanto es así, que «esta innovación tecnológica ha conseguido que los mercados sean más transparentes y susceptibles a la intervención en el comportamiento a nivel individual» (p. 99).

Al margen del interés que tiene observar la política china fuera de los discursos y valoraciones habituales, la atención a estas cuestiones ha de servirnos, según el autor, para repensar las instituciones políticas que nos dotamos, teniendo particularmente presente las lógicas comportamentales que les son inherentes. Las redes sociales nos muestran a diario que el acceso a la información y la cultura no es más eficiente cuando se rige por imperativos de competitividad y de atención. Lo que nos indican, antes bien, es que «simplemente interactuamos con una dosis más elevada de discursos violentos, falsos o simplemente virales e irracionales» (p. 103). Reinterpretar las bibliotecas o los clubes de lectura son dos de las pistas que nos ofrece el autor para reconfigurar nuestro ser en el mundo, donde sean posibles objetivos como «la reparación y conservación del conocimiento» (p. 107) antes que la imposición de la mera viralidad.

Tras esta invitación, la segunda mitad de estas páginas trata de seguir ahondando en apuntar más escenarios de acción y transformación posibles, en un intento de concretar propuestas e ideas factibles ya en nuestro presente. Entre otros aspectos, se incide por ejemplo en la necesidad de conformar otras relaciones entre la imaginación y la tecnología para hacer a los ciudadanos partícipes de la solución de la emergencia climática que arrostramos. Un enfoque alternativo a la actual configuración tecnológica sustentada en los principios mercantiles nos permitiría salir de los angostos márgenes de la lógica de consumo. Un cambio en las actuales dinámicas sociales solo es posible desde una posición más autoconsciente y agente, que parta de la pluralidad de alternativas y enfoques que corresponde a cualquier sociedad profunda y verdaderamente democrática:

algo inviable si nuestro modo de cartografiar la realidad pasa necesariamente por la dictadura de facto de aplicaciones como Google Maps. En la línea de discursos que están defendiendo el cooperativismo algorítmico y de plataformas, Cancela vindica la necesidad de que los ciudadanos se involucren en el diseño de los modelos con que pensamos la realidad. Solo confrontados ante «las distintas realidades posibles, los diversos beneficios y consecuencias que llevan acarreados o la viabilidad de unas decisiones respecto a otras» (p. 161) podremos garantizar que nuestras políticas se sustentan sobre decisiones lo suficientemente conscientes y responsables.

En dicho ejercicio de toma de conciencia, las ciudades están por supuesto llamadas a jugar un papel preponderante. A este respecto, más allá de la necesidad de alertar sobre los peligros de dejar al albur de la dinámica de lo siempre igual del capital la gestión de nuestras infraestructuras (tal y como se está pretendiendo, como nos muestra este autor, desde los proyectos de *smart city* asociados a los grandes tenedores de capital), Cancela sostiene las ciudades pueden ser un escenario ideal para comenzar a transformar la realidad. Como muestra la experiencia de Barcelona y por su cercanía con las personas –así como por la existencia de multitud de actores en contacto directo con las necesidades de los ciudadanos– las urbes están llamadas a ser el primer bastión de la imposición de lógicas «donde el producto social generado en la ciudad se distribuye en cada persona, no se acumula y disemina como bienes o servicios de consumo privados» (p. 184). De hecho, algunos enfoques teóricos recientes (Richardson, 2018, 2021) evidencian que la riqueza de la logística generada por las aplicaciones está

configurando la geografía de nuestras ciudades y convirtiendo al propio trabajo, antes que en un acto que se realiza en un espacio determinado (como una oficina, una fábrica) en una «situación» (Richardson, 2021, p. 358) que solo podrá ser dirigida a la obtención de una mayor autonomía de los individuos si logramos que los avances tecnológicos se pongan a nuestro servicio, en lugar de dirigirse a la solo fin de una mejor explotación de la fuerza de trabajo (Christiaens, 2023).

No obstante, todo ello solo será posible si los planes estratégicos del Estado se alinean con los intereses de sus poblaciones. En relación con eso, debe decirse que nuestro autor se muestra relativamente pesimista en el orden inmediato, pero esperanzado en lo referente a la construcción de horizontes de futuro. Pesimista en lo inmediato, decimos, porque Cancela deduce de lo acaecido de la reciente pandemia que, en contra de lo que se ha comentado en torno al nuevo cariz emprendedor del Estado, esta institución se ha mostrado carente «de agencia suficiente para canalizar el monopolio de la fuerza en una dirección democrática», haciendo así que «la representación del poder corporativo dentro del Estado capitalista» saliera «reforzada» (p. 197).

Cabe decir en este punto que, en cierta medida en contraposición a lo que comenta Cancela, algunos de los autores que están pensando el nuevo carácter del estado en el ámbito internacional (Barcellona, 2021; Robinson, 2017), ven de hecho en el modelo del «Estado emprendedor» la actual impotencia de la estructura estatal en el nuevo ámbito de juego de la economía, toda la cual tiene lugar en un contexto internacional en el que este es únicamente un actor entre otros. Tanto es así, que se ha hablado incluso de una nueva «clase corporativa transnacional» en la que la clase dirigente, hoy especialmente heterogénea y plural, no puede

identificarse de forma inmediata con las estructuras políticas consideradas en su conjunto, sino con diversos actores situados en diversos foros y espacios de influencia a nivel nacional e internacional (Robinson, 2017, p. 173).

Obviando estas pequeñas diferencias teóricas, Cancela acierta al mostrar como señal de clara claudicación ante las fuerzas del *business* as usual la estrategia estatal tecnológica, que se muestra indefectiblemente ligada al grupo de las GAFAM. Motivo de ello es que «no existe financiación ni infraestructura pública para asumir las inversiones en digitalización [...] y, además, no se han establecido las bases democráticas suficientes como para repensar las estructuras administrativas que gobiernan la vida pública», lo que ha llevado al avance de la «racionalidad corporativa» por la cual «no existe intermediación política [...] más allá de dejar hacer al sector privado» (p. 204). La rotundidad de la frase no magnifica en absoluto la gravedad de la situación: los diversos ejemplos de las últimas contrataciones estatales en materia de infraestructura digital que ofrece el libro un poco antes (en los que los millones de euros se cuentan con números de tres cifras) no dejan duda alguna al respecto. Dado este contexto, tal como expresa Cancela: «¿resulta tan utópico evitar que el Estado se convierta en una App Store donde todos los servicios básicos son de pago, la libertad humana se reduce a intercambiarse como mercancía y a trabajar largas horas de manera precaria para disfrutar con cuentagotas de las innovaciones tecnológicas más avanzadas de la época?» (p. 224). Que la respuesta a dicha duda caiga del lado más alejado de la completa identificación con los mecanismos mercantiles depende, de nuevo, de nuestra capacidad de hacernos con la organización y práctica de los mecanismos tecnológicos para ponerlos al servicio de las poblaciones, tarea para

la que –como esperamos haber hecho ver aquí– *Utopías Digitales* ofrece numerosas pistas para comenzar a hacerlo posible.

No obstante, no es esta la última palabra de este libro, que cierra con una imagen y ejemplo de lo que se debe comenzar a pensar en el área de la política internacional. En cuanto a esto, Cancela comienza refiriéndose al ejemplo del movimiento de los países No-Alineados (MPNA), que si bien ha perdido gran parte de su importancia tras la caída del bloque soviético, nos remite a una época en la que otro orden fue tangible, algo que estuvo especialmente presente durante los años 70. Al fin y al cabo, esta no solo fue la década en que el MPNA realizó alguna de sus declaraciones más significativas, sino también la era en la que figuras como Salvador Allende informó en la ONU de los peligros de dejar que las corporaciones internacionales se hicieran con un excesivo poder. De hecho, la propia ONU estuvo debatiendo la posibilidad de introducir un código externo vinculante para el control de estas corporaciones que ligara su comportamiento a la satisfacción del interés general (Hernández Zubizarreta, 2008, p. 40 y ss.). El desplazamiento de este tipo de debates a organismos en los que la correlación de fuerzas de poder es más favorable a los capitales transnacionales (como ocurre en el marco de la OCDE), así como el auge de la responsabilidad social corporativa (RSC) y sus mecanismos de «derecho blando» señalan con claridad de qué lado se decidió la disputa.

Sea como sea, este tipo de ejemplos señalan con claridad la contingencia de las hegemonías mundiales y por ende, su volubilidad. Todo ello le sirve a Cancela de contexto para proponernos algunas propuestas que, de llevarse a cabo, podrían sustentar

otra infraestructura digital. Por descontado, sus principios rectores serían la defensa de la autonomía de los países implicados, así como la disolución de las relaciones de dependencia existente entre ellos. La búsqueda de una infraestructura diferente pasa, por supuesto, con la búsqueda de un nuevo diseño que, consciente de las dificultades del desarrollo de las tecnologías en cada territorio (y por ello, comprometido con su realización) también sirva «para sustituir la importación de tecnología procedente de Silicon Valley, favorecer la diversificación nacional y regional o impulsar experimentos autónomos» (p. 245). En esta medida, será imprescindible asimismo la conformación de alianzas políticas contrahegemónicas, que, junto con la atención a los discursos de la epistemología crítica, podrían llevar a cabo el antiguo sueño que una vez nos pareció alcanzable, al que aludíamos al comienzo de estas líneas: «mantener Internet como patrimonio común de la humanidad» (p. 246). La enormidad de la transformación puede hacer aparecer a este deseo una aspiración quimérica, tanto más a la vista del convulso contexto geopolítico en el que nos encontramos. No obstante, dilucidar estas propuestas, explicarlas y compartirlas es el único modo de que (aunque sea únicamente al modo del horizonte asintótico kantiano) sean concebidas como ejecutables. Esta es la labor que realiza Ekaitz Cancela en su propuesta y con ello, demuestra la capacidad transformadora de la utopía. Volvemos así al comienzo de este escrito. La vejez de los antiguos modelos aspiracionales del capitalismo digital que ahí presentamos se confronta gracias a Cancela con unas «ideas rebeldes e insurrectas que desde tanto tiempo atrás se rumian en nuestro interior, como

misiles que esperan a ser lanzados contra las bases del sistema» (p. 252). Que acierten –y lo hacen– en el blanco de nuestras preocupaciones es, sin duda, también gracias a la labor teórica presentada en *Utopías Digitales*.

Referencias

- Almazán, Adrián (2021). *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo*. Taugenit.
- Arenas, Luis (2021). *Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*. Trotta.
- Barcellona, M. El derecho privado de la economía y la sociedad líquida. En José A. Estévez Araújo (Ed.), *El derecho ya no es lo que era. Las transformaciones jurídicas en la globalización neoliberal* (pp. 277-304). Trotta.
- Benanav, Aaron (2021). *La automatización y el futuro del trabajo*. Traficantes de Sueños.
- Cancela, Ekaitz (2019). *Despertar del sueño tecnológico. Crónica de la derrota de la democracia frente al capital*. Akal.
- Christiaens, Tim (2023). *Digital Working Lives. Worker Autonomy and the Gig Economy*. Rowman & Littlefield.
- Fuchs, Christian (2021). *Das Digitale Kapital. Zur Kritik der politischen Ökonomie des 21. Jahrhunderts*. Mandelbaum.
- Hernández Zubizarreta, “La responsabilidad social corporativa y las empresas transnacionales: de la ética de empresa a las relaciones de poder” en Lan Harremanak, 19, 2008-II, pp. 17-49
- López Calle, Pablo (2020). La judicialización de las relaciones laborales como dispositivo de organización del trabajo: tres fases del proceso de producción logístico en Europa. En A. Riesco-Sanz (Ed.), op. cit. (pp. 75-101).
- Martínez, Layla (2020). *Utopía no es una isla. Catálogo de mundos mejores*. Episkaia.
- Morozov, Evgeny (2011). *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*. Public Affairs.
- (2013). *To Save Everything, Click Here. The Folly of Technological Solutionism*. Nueva York, Public Affairs, 2013.
- Peirano, Marta (2022). *Contra el futuro. Resistencia ciudadana frente al feudalismo climático*. Debate.
- Pfeiffer, Sabine (2022). *Digital Capitalism and Distributive Forces*. Bielefeld.
- Richardson, Lizzie (2018). Feminist Geographies of Digital Work. *Progress in Human Geography*, 42(2), pp. 244-263.
- (2021). Coordinating Office Space: Digital Technologies and the Platformization of Work. *EPD: Society and Space*, 39(2), pp. 347-365. DOI: 10.1177/0263775820959677
- Robinson, W. I. (2017). Debate on the New Global Capitalism: Transnational Capitalist Class, Transnational State Apparatuses, and Global Crisis. *International Critical Thought*, 7 (2), pp. 171-189, DOI: 10.1080/21598282.2017.1316512
- Srnicek, Nick y Williams, Alex (2017). *Inventar el futuro. Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona, Malpaso, 2017
- Staab, Peter (2019). *Digitaler Kapitalismus. Markt und Herrschaft in der Ökonomie der Unknappheit*. Suhrkamp.

Ferraris, Maurizio. (2023). *Documanidad. Filosofía del mundo nuevo*. Madrid: Alianza Editorial. ISBN: 9788411483346. Reseñado por: Tiziano Fossati Levi. Università degli studi eCampus. (Traducción: Francesca Indriolo).

En 2021 Maurizio Ferraris, filósofo de Turín cuya fama en Italia y en el extranjero sigue creciendo, publica *Documanidad. Filosofía del mundo nuevo*. El título es una clara referencia al anterior *Documentalidad. Por qué es necesario dejar huellas* (publicado en 2009 en Italia y en español por Ediciones Trea) aunque hay muchas novedades respecto a este último.

El tema de la huella, por ejemplo, aunque fundamental también en esta publicación, parece haber tomado nuevas formas y una centralidad distinta a la del pasado. Si en los primeros trabajos del profesor turinés el vínculo con la idea de texto era aún muy fuerte, con esta publicación Ferraris desplaza la atención del concepto de inscripción a el de histéresis, que es una noción decididamente más amplia y abstracta, pero al mismo tiempo mucho más específica.

En la sucesión de los libros de Ferraris, la escritura siempre ha tenido una importancia muy grande y es probablemente lo que más articula su filosofía, pero hay que admitir que nunca ha sido una noción inalterable: con el tiempo este pilar ha cambiado de nombre, apariencia y dimensión, siendo siempre un eje fundamental de su pensamiento.

En concreto, partimos a finales de los años ochenta, en la época de *Historia de la hermenéutica* (Ferraris, 1988), con la idea de “texto” para pasar luego a la de “escritura”, de “documento”, de “inscripción” y finalmente de “huella” en un camino de enfoque progresivo hacia lo realmente crucial de todo el discurso ontológico que propone el filósofo. Con *Documanidad* damos un paso más en esta progresión y la atención, antes centrada en la noción de registro, ahora se dirige a un nuevo concepto: la histéresis. Se trata del elemento más

novedoso de este volumen y al que el autor dedicará un próximo libro: *Hysteresis*, publicado por Edinburgh University Press.

Para entender qué es la histéresis, es necesario en primer lugar familiarizarse con el concepto de registro, del cual es una evolución: ya en trabajos anteriores Ferraris había aclarado que la huella no es necesariamente escritura, sino más genéricamente el pasado repetido por la materia, o más bien la capacidad de algo de persistir incluso después de su fin, gracias a su registro. Al mantener su memoria impresa en un medio físico, un objeto o un evento pueden manifestar su presencia (pasada) incluso cuando ya no esté. La huella

tiene la característica de estar a la vez presente, como huella, y ausente, ya que ser huella consiste en referirse a algo que no está presente, así como la ceniza es huella de un trozo de madera que ya no existe (Ferraris, 2023, p. 350).

Sin embargo, cuando algo queda, y por tanto se conserva, se puede reutilizar, sin necesidad de volver a empezar. Este es el caso de un pedernal astillado, un palo bien trabajado, un propulsor, un cuchillo afilado o cualquier otra herramienta que se pueda usar repetidamente y que no sea desechable.

El proceso básico gracias al cual se produce la construcción de un instrumento es la capitalización, es decir el esfuerzo invertido en la producción de un objeto que, gracias a su capacidad de ser reutilizado muchas veces, premia a su creador por la inversión inicial en términos de esfuerzo con la capacidad de economizar tiempo o evitar mucho trabajo una vez completado; trabajo que, gracias a la herramienta en cuestión, se vuelve mucho más rápido y, sobre todo, no tiene que repetirse todos los días. Esta

extraordinaria rebaja en términos de esfuerzo sólo es posible gracias al registro: el objeto conserva en sus formas la memoria de un esfuerzo, de un trabajo, que, en lugar de estar destinado por ejemplo al deshuesado directo de un animal, está estratégicamente dedicado a astillar un pedernal. Esto, si se hace bien, permitirá mucho menos esfuerzo en la acción de desollar y trocear una canal, pues tendrá una precisión y eficacia incomparables frente a la actividad directa de los dientes y las uñas sobre la carne para partirla, sin ayuda de herramientas, de los huesos. Además – y este es el aspecto crucial de la discusión – el trabajo realizado con el pedernal es una inversión de futuro extraordinariamente rentable, ya que se puede utilizar no una, sino varias veces en numerosos cadáveres: esto significa haber capitalizado un esfuerzo inicial, que se reembolsa en el momento del sacrificio de cada canal.

El principio de capitalización se aplica a cualquier herramienta: desde el pedernal hasta la azada, desde el teléfono móvil hasta la estación espacial internacional. El esfuerzo requerido para la construcción de una azada «se ve recompensado con la potenciación de la acción resultante» (Ferraris, 2021, p. 12) del mismo modo que disponer de una avanzada permanente en órbita permite a los científicos y astronautas ahorrar un gran número de viajes y movimientos de equipos. Pero, ¿en qué consiste esta potenciación? Depende de la herramienta, aunque en general las ventajas derivan de una mayor solidez, precisión y eficacia, pero sobre todo de la iteración, o sea de la posibilidad de repetir la operación sin tener que empezar de nuevo cada vez.

El registro hace posible la iteración, pero la iteración no es el único beneficio de la histéresis sobre el registro. De hecho, con la llegada de internet y, más recientemente, con la recopilación de metadatos, es decir, toda la información

que producimos involuntariamente con nuestro comportamiento, aparentemente insignificante si se toma individualmente (pero muy interesante si se considera en forma agregada), ha surgido la posibilidad de crear documentos a partir de algo que tradicionalmente no dejaba huellas.

Lo que la web está haciendo posible no es solo la infoesfera, es decir, esa capacidad, antes inimaginable, de conectar diferentes documentos o de recopilar y hacer accesible una infinidad de información, sino – y esto es lo verdaderamente extraordinario – la docuesfera, es decir, la capacidad para generar documentos a partir de circunstancias que antes no eran capaces de hacerlo. Y estos son datos que se pueden comparar entre sí, agregar, procesar y vender.

Además de la iteración, la histéresis puede así dar lugar a la alteración, a la emergencia como producción de lo cualitativamente nuevo (p 14).

Ferraris habla de la transición de la red ptolemaica a la red copernicana, donde la primera es esencialmente eidocéntrica (de *eidōs*: idea), porque se centra en documentos fuertes, es decir, toda la información, imágenes y mensajes voluntariamente producidos y hechos públicos en el Internet. El segundo es etocéntrico (de *ethos*: comportamiento) porque se centra en documentos débiles, es decir, metadatos, que no registran las ideas u opiniones políticas de los usuarios, sino sus conducta.

Si bien puede parecer una diferencia sutil, lo que está en juego es muy diferente; desde un punto de vista político, de hecho, la finalidad del perfilar a los usuarios se interpreta de forma distinta: para la visión ptolemaica, la web es una herramienta destinada al control social de la población por parte del poder político, para la perspectiva copernicana, sin embargo, el objetivo es el beneficio económico.

Si el eidocentrismo ve en el documento la huella de una información, de la cual derivar ciertas acciones (políticas), el etocentrismo ve en eso, por el contrario, la huella de una acción, de la cual extraer información (económica). Brevemente: para la red ptolemaica la secuencia es información-huella-acción, mientras que para la red copernicana es acción-huella-información. Dejando de lado la supuesta cuestión del control político de la población por parte de los poderes gubernamentales, en la que – a excepción de China – Ferraris no cree mucho, queda en cambio reflexionar seriamente sobre el valor económico que tiene esta información. En efecto, la revolución documerial ha permitido hacer de la información (sobre el comportamiento) un bien muy preciado, «documentos que valen mucho más que el dinero porque nos hablan no de lo que el consumidor tiene sino de lo que el consumidor es» (p. 61).

También permiten la automatización, refinamiento y optimización de la producción y distribución de bienes, reduciendo desperdicios, tiempos y costos, todo ello aprovechando la información cada vez más detallada sobre los hábitos de compra, necesidades y conductas del consumidor.

Este proceso, capaz de producir significados – y por tanto valor – a partir de los datos, es la actividad propia de la hermenéutica digital. En esencia, se está generando valor (en términos de conocimiento y, en consecuencia, dinero) a partir de algo que a partir de algo que no creíamos pudiera tenerlo. Y sobre todo, antes de que consiguieran recopilarlos, no nos habíamos dado cuenta de la magnitud del valor que tenían estos datos, tanto que durante mucho tiempo nos preguntamos – por ejemplo cuándo las primeras redes sociales empezaron a tener millones de

usuarios – cómo estos gigantes de la comunicación se habrían facturado y sostenido económicamente ya que la inscripción es gratuita. Se pensó ingenuamente que los beneficios sólo podían derivarse de la venta de un servicio y no de la libre adquisición de información.

En el momento en que se puede registrar el comportamiento humano, entonces la praxis se convierte en poiesis, es decir, produce documentos y valor (p. 15).

La histéresis es, pues, algo decididamente más amplio que la inscripción; en esencia es – al mismo tiempo – el concepto de permanencia, de iteración y de alteración: aunque proviene de una evolución del estudio de la inscripción, es algo más específico y amplio que la huella. Si esta, en efecto, ya había sido identificado como memoria marcada sobre un soporte material, la histéresis se aplica mucho más genéricamente a todo lo que permanece y que, en esta conservación, permite el surgimiento de cosas nuevas. Incluso el agua que cava la roca es histéresis cuando deja una huella de su paso sobre la piedra, a través de la cual se hace reconocible su acontecer, aunque sea en forma de memoria,

pero en lo que se refiere a la histéresis precisamente la revolución documerial nos permite ver las cosas con más claridad y, en particular, reconocer que el registro hace mucho más de lo que comúnmente creemos (p.10).

Por ejemplo, cuando somos testigos del hecho de que una tela colgada al sol se seca y permanece así incluso después de que el sol se ha puesto, esencialmente estamos descubriendo que las consecuencias de algo permanecen

incluso cuando lo que las permitió ya no está: «los efectos sobrevivieron a las causas» (p. 349).

La tendencia que tiene el hombre moderno, sin embargo, es centrar su atención en las causas, como si éstas fueran el núcleo metafísico de la existencia:

no es así: el verdadero pegamento es posponer, persistir y transformar, lo que explica por qué [...] una sociedad sin documentos es muy poco, y por qué un aumento cuantitativo de la histéresis [...] ha cambiado el mundo, y sobre todo ha revelado su esencia profunda (p. 350).

Que de repente todo se registre, recopile y archive cambia la realidad, el conocimiento que tenemos de ella y en definitiva cambia nuestra vida. La histéresis es, por tanto, un concepto al que llega Ferraris a través del estudio de las inscripciones, pero que se aplica a la realidad en general y, por tanto, es esencialmente una categoría metafísica que mantiene unidos el tiempo, el espacio, la materia y la forma.

La mayor parte de *Documanidad* está dedicada a la filosofía de la técnica. Aquí Ferraris, refiriéndose a un discurso que ya había presentado en *Documentalidad* (2009) y a una larga tradición postestructuralista, en la que sobresalen Derrida y Leroi-Gourhan, presenta una descripción del hombre como un animal esencialmente técnico. Habiendo rechazado cualquier visión creacionista o constructivista, que de hecho sería la declinación secular de la misma perspectiva pentecostal que ve una mente creativa detrás del mundo, aunque sea más humana que divina, Ferraris adopta un punto de vista emergentista, o más bien el equivalente filosófico del evolucionismo. La realidad no se dibuja, ni se diseña, ni se construye: en su origen no se sitúan ni las divinidades ni los esquemas mentales del

“Yo pienso” kantiano. Emerge gracias a mecanismos de estratificación y permanencia; en otras palabras: gracias al registro.

La inteligencia humana, desde este punto de vista, no difiere cualitativamente de la de otros animales, muchos de los cuales, por ejemplo algunos cetáceos, tienen capacidades cerebrales globales que superan a las del hombre (Linzey, 2013, p. 1). Incluso comparando la masa cerebral con la del peso total del organismo, el hombre no tiene primacía ya que hay hormigas cuyo cerebro puede llegar a ocupar alrededor del 15% de su masa corporal (Castillo, Seid, Weislo, 2011, p. 6). Lo que caracteriza al ser humano, en efecto, no es una dotación orgánica particular, como un cerebro voluminoso (Leroi-Gourhan, 1997, pp. 26-27), sino una carencia insalvable: él vive sin cuernos, garras, pelaje o caparazón.

El hombre – y en este Ferraris hace referencias explícitas a Leroi-Gourhan y Nietzsche – es esencialmente un animal vulnerable e inadaptado, a merced de las fuerzas de la naturaleza y presa fácil de otros carnívoros. Sin embargo, es en la carencia orgánica donde debe rastrearse la necesidad de compensar la propia debilidad con dotes externas:

el alma se hizo humana no cuando alcanzó una determinada masa cerebral, sino cuando, por una serie de circunstancias fortuitas que retrospectivamente puede leerse como el destino manifiesto de la humanidad, se ha dotado de suplementos técnicos capaces de remediar sus carencias (p. 103).

A esto se suma el hecho de que el hombre, a diferencia de los autómatas y los cerebros electrónicos, está lleno de necesidades. Ya sean básicos, como comer y respirar, o secundarios, como casarse en la costa de Amalfi o licenciarse en química, el mismo hecho de ser un organismo lo convierte en

esclavo de un gran número de compulsiones. Responder a las necesidades y suplir las carencias, y no «la posesión de la razón ni el amor al conocimiento, constituye la esencia del alma humana» (p. 116), lo que significa que nunca ha existido una humanidad sin técnica, ya que representa la principal estrategia implementada por el hombre para adaptarse al medio ambiente.

En esta perspectiva, por lo tanto, no es posible concebir una antropología que no sea también una filosofía de la técnica, y aquí también encuentra una fuerte confirmación la crítica de Ferraris al mito del buen salvaje y al supuesto estado de naturaleza descrito por Rousseau, donde los hombres hubieran vivido libres y felices, antes de ser corrompidos por la ciencia y las artes. No sólo no ha existido nunca tal era, sino que además es absolutamente inconcebible y en contradicción con la naturaleza misma del hombre: si hubo hombre, inevitablemente también hubo tecnología, ya que

el exceso, la adopción de complementos con respecto a la natural dotación, debe [...] ser entendida como una constante, la única, que define la naturaleza humana (p. 131).

Documanidad continúa el estudio de la relación entre el hombre y la tecnología con un análisis profundo de la “responsividad” y de la típicamente humana capacidad de generar y proyectar fines en las herramientas que crea. La razón no nace como facultad originaria, sino como esa capacidad de comprender que surge siguiendo a la competencia: exactamente como la epistemología, según Ferraris, es posterior a la ontología, ya que «algo debe ser para que algo sea conocido» (. 234), asimismo la comprensión emerge sólo después de la competencia.

Trivializando, podemos decir que no es necesario saber física ni anatomía para caminar, así como

no es necesario saber qué son las matemáticas para hacer cálculos, [...] comprender es un lujo, la competencia y la acción son una necesidad (p. 201).

La actividad primaria de la razón es la de generar fines, no la de resolver problemas, ya que en la mayoría de los casos la eficacia de actuar deriva precisamente de la práctica, que permite la adquisición de habilidades. El conocimiento es siempre posterior a la praxis, y no se da la situación contraria: la técnica no es el resultado de una mente superior y superfina, como solemos pensar, sino el origen de la propia autoconciencia, que es la última fruta: tardía, contingente y totalmente impredecible.

Cuando manejo dinero, no aplico una teoría económica, [...] simplemente actúo, siguiendo el carácter subyacente de mi relación con la realidad en general. Poco a poco, a través de la acción, puede ocurrir que tome conciencia de lo que hago, y la competencia se transforme en comprensión, es decir la tecnología pasa a ser epistemología (p. 203).

La autoconciencia, la conciencia, la intencionalidad, dentro de las cuales el hombre coloca invariablemente la responsabilidad de sus propias acciones, son elementos completamente ausentes en la secuencia ontología > tecnología > epistemología, y que aparecen si acaso en el último tramo de la tríada y, más que nada otra cosa, acompañando un gesto más que generándolo. El estudio de esta secuencia pasa por la reevaluación del gesto, la mano y la prótesis, cuya

cooperación determina el concepto de responsividad.

De hecho, la acción humana es una secuencia ininterrumpida de gestos principalmente inconscientes, de los que tomamos conciencia de forma completamente involuntaria e impredecible. «En definitiva, el conocimiento no es la premisa, sino si acaso [...] el resultado» (p. 209).

Pero, ¿qué determina el nacimiento de los significados? El valor de la conciencia, del tiempo, de la intención y, más ampliamente, del sentido de la vida y de la acción, sólo puede derivar de la muerte:

sólo lo que tiene fin puede tener fines, desde el momento en que se siente la unicidad de las elecciones y la historicidad de la existencia (p. 243).

Entre las muchas diferencias que existen entre una inteligencia humana y una artificial, más allá de las capacidades de cada una, está que la segunda, a diferencia de la primera, no está enraizada en un organismo y por tanto no teme a la muerte y no tiene necesidades, ni primarias ni secundarias. El hombre, en cambio, está condenado a morir y sabe que tiene poco tiempo: tiene urgencias, tareas que atender. Son fines internos (comunes a los animales, pero no a los autómatas), cuando se dedican a la supervivencia, como comer y respirar, y fines externos (comunes a los autómatas, pero no a los animales) cuando se trata de necesidades de carácter no biológico.

La cuestión central de este discurso, nada evidente, es que «el organismo confiere sentido, urgencia, fines a un mecanismo que de otro modo carecería de ellos» (p. 131). Por un lado es pues el hombre quien, sometido al fin (muerte) genera fines y los proyecta, a través de la inscripción, en las máquinas (cortar, golpear, lanzar, etc.), por otro

el mecanismo fortalece los recursos del organismo, y crea las condiciones para el nacimiento del conocimiento, del mundo de la cultura y del espíritu, de las relaciones sociales y de la economía (p. 131)

Así se genera efectivamente un nuevo mundo de fines externos. Esta es la razón por la que el hombre es el único animal no humano que posee propósitos tanto externos como internos.

Es en esta capacidad de asignar fines, desde el de hacer un plato de pasta hasta el de restaurar el imperio germánico, en lo que consiste la racionalidad (p. 243).

Donde el suplemento suple una carencia biológica, la satisfacción genera nuevas necesidades: imagen que casi parece fundar el capitalismo de consumo (y no sólo la capitalización de la histéresis) en la condición metafísica del hombre.

Cada nuevo suplemento que entra en la historia llena un hueco pero genera otros nuevos. Y en este punto comienza una espectacular persecución mutua (p.138).

Consideremos, a modo de ejemplo, cuántas nuevas necesidades genera el uso del teléfono móvil (permanecer conectado e informado, publicar fotos, responder a los mensajes). Idealizar una supuesta época edénica en la que el hombre vivió ingenuamente libre y feliz, antes de corromperse con el comercio, la tecnología y el capital, es llevar adelante un relato que ignora que es en ellos donde se pueden rastrear las constantes de la forma humana de vida.

Sin embargo, los extraordinarios desarrollos de la técnica siempre parecen despertar grandes preocupaciones: así lo demuestra el reciente desconcierto que la inteligencia artificial, mediante el uso de modelos de lenguaje de aprendizaje automático, ha generado en el día a día de muchos usuarios y en las

disposiciones de algunos gobiernos (en Italia el Prov. n. 112 del 30/03/2023 emitido por la *Autorità gar. per la protezione dei dati personali*). Más allá de la inevitable circunstancia de que toda innovación esté expuesta a estos riesgos – pensemos en la demonización de la máquina de escribir por parte de Heidegger (Ferraris, 2016) – se hace necesario considerar la automatización como un resultado inevitable de la histéresis y probablemente uno de los más relevantes para la tecnología del siglo actual.

La pregunta asume, sin embargo, relevancia social, en un momento en que la automatización, aplicada al mundo del trabajo, conducirá a la inevitable sustitución de muchas figuras profesionales, exactamente como en el pasado, maquinarias cada vez más precisas y productivas habían sustituido a la mano de obra de muchos trabajadores y agricultores. Lo que parecía imposible de suplantar, y que por tanto se consideraba propio del ser humano, era su inteligencia, su capacidad de cálculo y su inventiva. Ahora sabemos que no es así:

la inteligencia, lejos de ser algo exclusivo e inimitable en el hombre, [...] es lo que dentro del ser humano puede ser imitado por el mecanismo: registra, manipula, calcula, repite (p. 65).

La automatización y sus consecuencias en el mundo del trabajo hacen cada vez más evidente que lo que los robots nunca sustituirán al hombre no es la producción, sino algo que está enraizado en el organismo (de lo que carecen las máquinas), es decir, el consumo: «la esencia del ser humano no está en sustituir a la máquina, sino en consumir lo que la máquina produce» (Ferraris, 2021, p. 65).

Parecen tomar forma algunas de las intuiciones proféticas de Adorno, al menos parcialmente, en torno a la configuración del hombre como trabajador-consumidor, orientado tanto en la fábrica como en su tiempo libre por el capital y la industria cultural.

La industria está interesada en los hombres sólo en cuanto clientes y empleados suyos y, en efecto, ha reducido a la humanidad en general y a cada uno de sus elementos en particular a esta fórmula que todo lo agota (Horkheimer y Adorno, 1994, p. 191).

Las necesidades, el sistema de producción y la tecnología se entrelazan y envuelven al individuo en una realidad dominada por el capital en todos los niveles: «el mundo entero es conducido a través del filtro de la industria cultural» (Horkheimer y Adorno, 1994, p. 171). La cultura misma se mercantiliza y genera productos comerciales. La música, los libros, las películas se vuelven repetitivos, predecibles y estereotipados.

Lo decisivo hoy [...] es [...] no dejar en paz al consumidor [...]. El principio del sistema impone presentarle a todas las necesidades como susceptibles de ser satisfechas por la industria cultural, pero de otra parte, organizar con antelación esas mismas necesidades de tal forma que en ellas se experimente a sí mismo sólo como eterno consumidor, como objeto de la industria cultural (p. 186).

Incluso lo que debería ser tiempo libre del trabajo está ocupado por el capital que explota el ocio y lo tuerce al interés económico, convirtiendo al hombre en un sujeto esencialmente dedicado a la actividad productiva durante las horas de trabajo y al consumo durante las horas de

descanso: «*work while you work, play while you play*» – tal es una de las reglas básicas de la autodisciplina represiva» (Adorno, 1987, pp. 129-130). Las necesidades que el hombre quiere satisfacer durante su ocio son inducidas por el mismo sistema de producción para el que trabaja, haciéndose esclavo por partida doble: de la producción y del consumo.

Durante el tiempo libre el trabajador debe orientarse según la unidad de producción. [...] Para el consumidor no hay nada por clasificar que no haya sido ya anticipado en el esquematismo de la producción (Horkheimer y Adorno, 1994, pp. 169-170).

Ferraris ofrece una descripción actualizada de lo profetizado por Adorno cuando señala que los corredores y los que van al gimnasio, así como los que practican el ayuno, son el síntoma de una transformación significativa. La rarefacción del trabajo, que «además de precariedad, es reducción de trabajadores» (p. 68), ha provocado la desaparición del esfuerzo físico. El hombre

debe correr para quemar la energía que no consume en el trabajo, pero – este es el aspecto crucial – su movilización puede producir más riqueza que la generada por la fuerza física, porque le permite consumir bienes producidos industrialmente a un precio muy bajo que de otro modo quedarían sin vender (p. 68).

La centralidad del trabajo, entendido como la producción de valor, parece pasar gradualmente de la producción real al momento del consumo: vacaciones, viajes, compartir fotos en las redes sociales, aunque esencialmente momentos no laborales, se han convertido con el tiempo en el eje de la producción del valor. «El *otium* es

mucho más rentable que el *negotium*» (p. 72) sobre todo cuando la actividad de montar muebles recién comprados se desplaza en el tiempo libre del consumidor: el comprador está contento porque gastó poco en sus compras y la empresa tuvo una gran reducción de costes. Todo esto es posible porque el consumidor, de nuevo, ignora que su tiempo libre está cada vez más dominado por actividades productivas, cuyos beneficios económicos siempre recaen en terceros.

El trabajador subjetivamente se siente cansado, pero no sabe a qué atribuir el cansancio, porque no sabe que está trabajando y en cierta medida se lo oculta a sí mismo (p. 72).

Además, así como el montaje de muebles por parte del consumidor disuelve la división del trabajo, propia de la producción capitalista tradicional, del mismo modo

con el eufemismo de “teletrabajo”, o “smartworking” (sinónimo inequívoco de “tangada”), la difusión extiende potencialmente la cantidad de trabajo requerido rompiendo la unidad de tiempo, lugar y acción propia del trabajo industrial (p. 329).

Si antes el trabajo se distinguía del descanso, escribe Ferraris, como el día de la noche, hoy es cada vez más omnipresente y se concentra sobre todo en aquellas actividades que, paradójicamente, parecen dedicadas al ocio, como escribir una reseña después de cenar en un restaurante, compartir fotos de un viaje, pasar un par de horas en el sofá viendo una película, después de haberla elegida en una plataforma. Todo esto hace esencialmente que la actividad laboral sea indistinguible de la vida privada.

Documanidad, cuya exhaustividad y amplitud temática son impresionantes,

concluye con una propuesta política bastante sorprendente: dado el enorme valor que constituyen los datos que los usuarios dan a las plataformas de forma gratuita, sería deseable una gestión virtuosa de esta riqueza – no sólo cognitiva, sino también concretamente monetizable – por parte de una institución supranacional. Después de todo, esos datos son producidos por los usuarios, quienes, mientras producen este valor, no se benefician de él de ninguna manera. Por ello, sería muy útil la creación de un proyecto que combine bienestar y seguridad social (welfare) con la idea de bienestar digital (webfare).

Precisamente porque los usuarios de los servicios gratuitos no son los productos, sino los productores, estos servicios no son verdaderamente gratuitos, ya que generan una plusvalía, por lo tanto, la plataforma debe pagarlos no con un salario asignado a usuarios individuales [...] sino con una transferencia de recursos a la Unión Europea para fines de webfare (p. 329).

De las dos dimensiones en las que se pueden clasificar los datos, la semántica (que consiste en información) y la semiótica (que registra el comportamiento), las plataformas obviamente están más interesadas en la última, porque contienen muchos secretos sobre la acción humana, que solo con técnicas adecuadas de interpretación de datos es posible descifrar; que es la tarea principal de la hermenéutica de los medios.

Sin embargo, la atención de los académicos, en lugar de la mucho más significativa esfera del comportamiento, continúa enfocándose en la dimensión más romántica de los pensamientos, lo que ahora se define globalmente como la “infosfera”, una expresión que se hizo

famosa por un exitoso libro de Luciano Floridi (2014). Probablemente, también en este caso, dar prioridad a las palabras frente a los gestos es uno de los tantos legados del pensamiento posmoderno que Ferraris intenta superar desde hace años.

Referencias

- Adorno, Th. W. (1987). *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Taurus.
- Castillo, A., Seid, M. A., Wcislo, W. T. (2011). The Allometry of Brain Miniaturization in Ants. *Brain Behaviour and Evolution*, 77(5-13). Smithsonian Tropical Research Institute.
- Ferraris, M. (1988). *Storia dell'ermeneutica*. Bompiani.
- Ferraris, M. (2009). *Documentalità. Perché è necessario lasciar tracce*. Laterza.
- Ferraris, M. (29/01/2016). Neanche Heidegger capì la macchina da scrivere. *la Repubblica*.
- Ferraris, M. (2021). *Documanità. Filosofia del mondo nuovo*. Laterza.
- Ferraris, M. (13/03/2023). *Ermeneutica digitale. L'interpretazione dei dati: il processo di riappropriazione in quattro fasi*. <https://www.agendadigitale.eu/cultura-digitale/linterpretazione-dei-dati-il-processo-di-riappropriazione-in-quattro-fasi/>
- Floridi, L. (2014). *The Fourth Revolution - How the infosphere is reshaping human reality*. Oxford University Press.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1994). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Editorial Trotta.
- Leroi-Gourhan, A. (1997). *Il gesto e la parola. Vol. 1 Tecnica e linguaggio*. Einaudi.
- Linzey, A. (2013). *The global guide to animal protection*. University of Illinois Press.

Autorità gar. per la protezione dei dati personali. Provvedimento n. 112 del 30/03/2023.

<https://www.garanteprivacy.it/home/docweb/-/docweb-display/docweb/9870832>

Santamaría, Alberto (2023) *Lukács y los fantasmas. Una aproximación a Historia y conciencia de clase*, Barcelona: Editorial Sylone. ISBN: 9788412660319. Reseñado por: Lorena Acosta Iglesias. Universidad Complutense de Madrid.

En el centenario de su publicación, *Historia y conciencia de clase* (1923) de Georg Lukács vuelve a aparecer, casi contra todo pronóstico, entre las novedades editoriales de la mano de este ensayo, breve pero incisivo, de Alberto Santamaría. Nunca está de más aprovechar esta ocasión para agradecer los impulsos renovadores que rememoran, a su vez, la importancia capital de una obra tan excéntrica a la par que fructífera como lo es *Historia y conciencia de clase* (en adelante, HCC), conformada eclécticamente por varios artículos descompensados en extensión, escritos en diferentes años que abarcan desde 1919 hasta 1922 y que aparentemente no conforman un todo filosófico con sentido pero que, si se la estudia con detenimiento como es el caso, el lector se percatará enseguida de la persistencia y seguimiento de una pregunta filosófica que todavía hoy nos atraviesa, en tanto injerencia histórica del necesario salto revolucionario de la teoría hacia la praxis de su tiempo, lo cual, como decimos, aún en la actualidad nos sigue interpelando, de una manera u otra: tal vez de una forma más taimada pero más urgente, incluso, si cabe.

Su importancia en el siglo pasado, que aún todavía retumba a pesar del canon más instalado, es doble: por un lado, se trata, innegablemente, de una obra que cuenta con una riqueza inmensa entre sus páginas, cuyo propósito fue, ni más ni menos, que la realización material del anhelo de una comunidad otra ante el destino trágico de la modernidad, gestado dicho anhelo ya en los años de formación del filósofo gracias al influjo del idealismo alemán y cierta literatura

moderna alemana y, a su vez, a la ruptura abrupta que supuso la Primera Guerra Mundial en su pensamiento. Este gesto de intervención histórica en la que se resume el golpe sobre la mesa que propició HCC en los debates marxistas de su época reside, en gran medida, en la acentuación necesaria de la potencia subjetiva del agente histórico del proletario gracias a la concreción de las herramientas de un marxismo también renovado, que sea capaz de hacer confluír, no sin resistencias, posiciones tan dispares como las de Rosa Luxemburgo y Lenin respecto a la organización de la potencia revolucionaria en la estructura del partido.

Marxismo que renueva Lukács debido a la irrupción de HCC y que no sin sorna bautiza como ortodoxo respecto al método, dando a entender el grotesco desvío del determinismo económico respecto de las bases metodológicas marxianas, lo cual tuvo como efecto colateral una convulsa recepción de la mencionada obra en los años sucesivos a su publicación, en el contexto de la III Internacional y el V Congreso del Komintern en 1924, todavía instalados en el determinismo económico de un marxismo vulgarizado, cuyos abanderados eran Kautsky y Bernstein, en un primer momento, después reverberados por sus némesis y críticos voraces de Lukács, Lázslo Rudas y Abraham Deborin.

Por lo tanto, nos encontramos ante un ensayo en el que Alberto Santamaría pretende señalar vías de acercamiento a un texto tan complejo y rodeado de tantos fantasmas, propios y ajenos al

pensamiento del filósofo húngaro, como es HCC. El autor, muy consciente de la peculiaridad histórica que supone el texto propone una aproximación que tiene por cometido la exorcización de varios de los fantasmas que han poseído la obra de Lukács a través del tiempo: por un lado, no escatima en la circunscripción del pensamiento lukacsiano en su vertiente histórica, tan necesaria para un autor como el filósofo húngaro, siempre escribiendo a caballo entre los intersticios de los eventos históricos: concretamente HCC se vincula entre el *impasse* que abarca desde la época de decadencia humanística que trae consigo la Primera Guerra Mundial en 1914 hasta el entusiasmo ante la posibilidad del florecimiento de una Nueva Humanidad anunciado con el estallido de la Revolución Rusa en 1917.

Para la vinculación histórica de la formación de Lukács con la génesis de su propio pensamiento hasta 1922, año del último artículo que conforma HCC —en el que se nota la reciente e hipnótica influencia de Lenin—, Santamaría se vale, en gran medida, de los estudios tan lúcidos, entre los cuales destaca el conocido *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929*, de Michael Löwy, quien también realiza el prefacio al ensayo reseñado y quien ya advierte, a su vez, que Santamaría se encuentra muy acertado —en consonancia con su propia obra— de advertir las figuras de Goethe o Dostoievski entre los fantasmas que todavía rondan HCC, convirtiendo, de esta manera, a *Teoría de la novela* (1920) como un preámbulo del *opus maius* del húngaro.

Hacia el final del prólogo de 1962 a *Teoría de la novela* es explícito al respecto al señalar que el valor de este libro reside en su utilidad para “conocer más íntimamente la prehistoria de las principales

ideologías de los años veinte y treinta”. Es decir, son textos que describen un periodo de conflicto político y, por tanto, deben tenerse en cuenta en la medida en que expresa necesariamente la tensión conflictiva no sólo de su autor, sino de todo un periodo. Desligar *Teoría de la novela* de *Historia y conciencia de clase*, es decir, provocar artificialmente una cesura entre ambas obras, mengua enorme y necesariamente cualquier acercamiento crítico y comprensivo tanto a Lukács como a *Historia y conciencia de clase* [...] Así pues, *Teoría de la novela* comparte escenario con *Historia y conciencia de clase*, pero entre ambas se crea un nuevo espacio. El espacio que va de san Lukács, como algún amigo lo bautizó en sus reuniones de los domingos de comienzos de siglo, al nacimiento del controvertido y complejo *camarada Lukács* (pp. 73 y 75).

Siendo claramente Michael Löwy uno de los fantasmas que rondan el ensayo de Santamaría, nos encontramos enseguida con otro de los fantasmas que median, presentes ausentes, en la aproximación que nos brinda el autor de este ensayo a HCC: se trata de Lucien Goldmann, uno de los discípulos directos del filósofo húngaro que revivió la obra del mismo a mediados de los años cincuenta y lo hará haciendo hincapié en el carácter procesual de la dialéctica revolucionaria puesta en juego por Lukács contra la estructura rígida del determinismo económico que vilipendia cualquier manifestación cultural o social como mero velo que distorsiona la “verdad” de la estructura social. En este sentido, Goldmann será protagonista hermeneuta de Lukács en las páginas de este ensayo, ya que una de las apuestas lukacsianas que a su vez considera necesario recuperar Santamaría es la posibilidad de vislumbrar los engranajes sociales desde la superficie social misma,

desde sus manifestaciones estéticas y culturales de la vida cotidiana, ya totalmente absorbida por la dinámica expansiva del capital. Respecto a este punto, no pocas veces el autor señalará paralelismos furtivos con el gran otro autor que levanta el friso del bautizado por Perry Anderson *marxismo occidental*, Antonio Gramsci, con quien comparte, a pesar de no haber podido tener contacto directo nunca, la comprensión del capital como dinámica en la que el factor social subjetivo resulta clave en el momento de la subversión social siendo que, en gran medida, su campo de acción está circunscrito al proceso mismo de constitución como agente social. O dicho de otra manera, el proceso por el que la clase se constituye como tal en la lucha de clases ya es, a su vez, una transformación de la conciencia que posibilita, en cuanto condición de posibilidad, el cambio social: el campo de batalla ya es, de alguna manera, en sí mismo, el margen de conquista que implementa el factor subjetivo.

Esta vinculación de los temas que abre Lukács en HCC con la teoría de la hegemonía en Gramsci, así como la grilla hermenéutica de Goldmann que incide en el factor subjetivo de la revolución —y no tanto en el de totalidad, siendo ésta el antídoto ante la fragmentación social de la cosificación para Lukács— de la obra HCC y que vertebró todo el ensayo reseñado no serán, en ningún caso, casuales; sino que resultarán la pieza clave para comprender la forma en la que nos propone Santamaría actualizar el pensamiento de Lukács y llevarlo hasta nuestro presente. En este sentido, el autor trata de realizar una genealogía y, al mismo tiempo, una renovación del materialismo cultural de Raymond Williams —principalmente este será otro de los fantasmas que poseerán la obra de Lukács en este ensayo, pero también será

a través de otros autores afines a los llamados *Cultural Studies* como son Jameson, Anderson o Enzo Traverso— a través de la reconsideración que hacen de HCC en tanto deuda e influencia de muchos de sus planteamientos referidos a la cultura como campo de batalla de la lucha de clases: una vez que la clase social del proletariado se desarticula casi por completo en su sentido ontológico, el campo cultural aparece como pugna de la lucha de clases ante el agotamiento del ciclo keynesiano-fordista y, en este sentido, vincula Santamaría —al igual que lo hace Williams— el concepto de totalidad lukácsiano como antídoto a la fragmentación social producida por la cosificación al concepto de hegemonía como apertura a la posibilidad de un futuro desde el presente.

Williams dispone en primer plano que cuando hablamos de totalidad no debemos entender ésta desde una especie de pureza o estatismo formal. Por eso, inmediatamente une este concepto de totalidad al de hegemonía. Y es posible que el concepto de hegemonía, como propone Williams nos permita un acercamiento más efectivo a la noción de totalidad. Escribe Williams: “Y creo que sólo podemos utilizar adecuadamente la noción de totalidad cuando la combinamos con ese otro concepto marxista crucial de hegemonía. [...] Porque la hegemonía supone la existencia de algo que es verdaderamente total, que no es meramente secundario o superestructural, como la ideología, sino que vive a tal profundidad y satura la sociedad de tal forma que [...] constituye los límites del sentido común (p. 193).

Esto es posible para el autor en tanto que el concepto de totalidad dialéctica lukácsiano es entendido como proceso

“fluido” de conversión entre el todo y la parte que configura la falsa conciencia de los agentes sociales —resultando clave, por tanto, la lucha de clases para comprender la cuestión del fetichismo—, y no como una cuestión estrictamente ontológica de inversión real donde las categorías abstractas determinan férreamente la realidad social, en tanto que reificadas, dejando de lado los procesos concretos de constitución de las mismas. Dicha inversión es, al mismo tiempo, el proceso de reificación del sujeto como categoría abstracta del capital, genealógicamente gestada a la par desde la filosofía burguesa y el capital como forma de reproducción social total. De esta manera, a nuestro juicio, al igual que no es casual la insistencia en conexiones con Gramsci, tampoco lo es la omisión casi deliberada de la filosofía hegeliana y su conversión en el método marxiano que tanta importancia da, a nuestro parecer, Lukács en HCC y por lo que incide en llamar a su renovación del marxismo con el epíteto de ortodoxo. Precisamente esto fue aquello que tanto revuelo causó entre sus camaradas Deborin y Rudas en el V congreso del *Komintern* y que volcaron en las críticas voraces lanzadas contra HCC tildando al filósofo húngaro de voluntarista, fatalista, oportunista y, en el mejor de los casos, de idealista empedernido.

De dichas críticas se deshace Santamaría analizando muy oportunamente uno de los textos más poco estudiados de la obra de Lukács *Chvostismus und Dialektik* [traducido al castellano como *Derrotismo y dialéctica*] escrito presuntamente a lo largo de 1925 pero descubierto de forma casual en 1996 entre los documentos del Archivo Central del Partido. En este texto jamás publicado en vida del filósofo, ajusta cuentas con las críticas de Deborin y Rudas en las que observa una remodelación sutil del determinismo de la II Internacional que oscila entre la

«noción de espera infinita y desconcertante, y, por otro lado, hacia una noción de organización o de partido que se eleva por encima de los procesos mismos de la conciencia que operan en el interior de la clase trabajadora» (pp. 222 y 223).

Ambas posturas, por tanto, se instalan en la ambivalencia de un derrotismo siempre a la espera de una mesiánica revolución o de un *chvostismus*, o como lo traduce Santamaría, “seguidismo” que se queda anclado a la zaga del progreso evolucionista que traerá, según las leyes sociales, el socialismo transformado en realidad. Frente a esto, Santamaría recupera, en connivencia con las posturas del marxismo cultural de Raymond Williams, la incidencia lukacsiana en la potencia subjetiva revolucionaria, persistencia que no sólo encontramos en este texto de 1925 sino incluso en el prólogo a HCC de 1967, décadas después de la publicación de la obra que hoy conmemoramos y volvemos a pensar, en tanto que «hacer política sigue implicando —desde una óptica marxista— la necesidad de hallar la forma de ensanchar y extender los límites de la conciencia posible del presente» (pp. 231 y 232).

Moreno Pestaña, José Luis y Costa Delgado, Jorge (coords.) (2023). *Todo lo que entró en crisis. Escenas de clase y crisis económica, cultural y social*. Madrid: Akal. ISBN: 978-84-460-5313-2.

Reseñado por: Antonio Campillo. Universidad de Murcia.

Recibida: 20/06/2023. Aceptada: 25/06/2023

En 1993, el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002) editó la obra colectiva *La miseria del mundo* (Madrid, Akal, 1999), en la que participaron diecisiete colaboradores suyos, entre ellos Loïc Wacquant, Patrick Champagne, Louis Pinto, Rosine Christin y Abdelmalek Sayad. Esta obra colectiva marcó un hito en los estudios sociales contemporáneos, por dos motivos principales.

En primer lugar, la obra no se centraba en lo que Bourdieu llamó la «miseria de condición», es decir, la «gran miseria» de las desigualdades estructurales entre el Norte y el Sur globales generadas por el capitalismo euro-atlántico desde su nacimiento y su expansión mundial a partir del siglo XVI. Estas desigualdades se redujeron gracias a las luchas de los pueblos colonizados, el movimiento obrero y los colectivos feministas, primero mediante la transformación de las colonias en estados independientes y luego mediante la creación de los «estados de bienestar» en los «treinta años gloriosos» (1945-1973). Pero en el último medio siglo las desigualdades han aumentado hasta extremos brutales, debido a la hegemonía del neoliberalismo contrarreformista a escala mundial.

La obra coordinada por Bourdieu en 1993 se centraba más bien en la «miseria de posición», que es una «miseria relativa» en la medida en que la experimentan las clases trabajadoras y, en particular, los colectivos sociales más vulnerables en el contexto privilegiado de los países ricos del Norte global. Al

poner el foco en esta «miseria de posición», se trataba de cuestionar la coartada política que justifica la aceptación de tal miseria al compararla con la gran miseria mundial: «no te quejes, porque hay otras personas que están mucho peor que tú». Los trabajos coordinados por Bourdieu se centraban en la Francia de los primeros años 90 del pasado siglo, cuando la ofensiva neoliberal y la recesión económica mundial de 1991-1993 comenzaron a impactar en la vida cotidiana de numerosos grupos sociales, degradando de uno u otro modo sus condiciones de existencia: el empleo, la vivienda, la salud, la educación, las relaciones afectivas, etc.

En segundo lugar, el método adoptado en la obra no era el análisis estructural de las desigualdades económicas, sociales y culturales mediante la acumulación de datos estadísticos masivos y la elaboración de hipótesis teóricas para dar cuenta de dichos datos. Sin desdeñar la importancia de las estadísticas y de su interpretación teórica, la obra adoptaba una metodología cualitativa basada en entrevistas en profundidad, con el objetivo de dar voz a las víctimas de esa miseria relativa, reconociéndolas así como auténticos actores sociales, pese a su posición social subalterna, y como protagonistas de sus propios relatos autobiográficos. De este modo, se cuestionaba el mito positivista de la objetividad científica y se reconocía que la ciencia social es un saber práctico,

como diría Aristóteles, comprometido con los sujetos de los que se ocupa.

Treinta años después, un grupo de veinticinco investigadoras e investigadores españoles de diversas disciplinas académicas (sociología, antropología, economía, trabajo social y filosofía), coordinados por los filósofos José Luis Moreno Pestaña y Jorge Costa Delgado, se han inspirado en *La miseria del mundo* para realizar un trabajo colectivo centrado en la España posterior a la crisis de 2008 y en el modo en que esa crisis (y las políticas de «austeridad» que la siguieron) fue experimentada en carne propia por veinte personas trabajadoras de diferentes grupos sociales: *Todo lo que entró en crisis. Escenas de clase y crisis económica, cultural y social*.

La obra comienza con un breve prólogo («Cómo utilizar este libro») y una introducción general («Capital para explotar, recursos para existir»), firmados por los editores del libro. En el prólogo se nos aclara que la obra, aunque inspirada en la que editó Bourdieu, difiere de ella en varios aspectos. Para empezar, los veinticinco autores y autoras no forman una escuela en torno a un maestro, sino que ponen en juego enfoques teóricos muy diversos. El mínimo común es que todos ellos adoptan como marco espacio-temporal la crisis de 2008 en España y se basan en entrevistas a una o varias personas, mencionadas casi siempre con nombres ficticios para preservar su anonimato. Algunas entrevistas fueron realizadas en 2014, pero la mayoría se hicieron entre 2018 y 2020. Además, todos los autores y autoras comparten con Bourdieu el objetivo de «romper la distancia entre el análisis teórico y científico y el debate ciudadano» (p. 7). Por eso, la originalidad del libro está en la transcripción de las diecinueve entrevistas realizadas, junto con su análisis y su contextualización.

En la introducción general, que ha sido revisada por todas las personas coautoras del libro, se plantea otra diferencia importante con respecto al enfoque de Bourdieu. El gran sociólogo francés elaboró una teoría sobre los diferentes tipos de «capital» que conforman las estructuras sociales y los hábitos de vida: económico, cultural y social. Siguiendo esta teoría, la crisis de 2008 podría analizarse como una crisis múltiple que afectó a esos diferentes tipos de capital: la pérdida de ingresos y de capacidad de consumo; la insuficiencia o la devaluación de los conocimientos adquiridos, tanto en el trabajo como en los demás campos de la vida social; la incapacidad para tejer vínculos sociales que sean valiosos en sí mismos o que se correspondan con el nivel de ingresos y con la formación cultural. Sin embargo, retomando la distinción de Marx entre «valor de cambio» y «valor de uso», los autores de *Todo lo que entró en crisis* consideran que es preciso diferenciar lo que es «capital» y lo que es un «recurso necesario para mantenerse con capacidad de consumo, de conocimiento o de capacidad de relación con otras personas» (p. 12). Con esta distinción se oponen también a la teoría neoliberal del «capital humano»: «Decir que todos [los trabajadores] son cultivadores de capital humano, o de capital económico, cultural y social, es asimilar la garantía de la supervivencia con la reproducción ampliada de la riqueza, el estatus o los contactos valiosos» (p. 14). Así es como los editores formulan la diferencia entre «recurso» y «capital»:

Llamaremos recursos económicos, culturales o sociales a lo que permite sobrevivir económicamente, ser reconocido como competente en ciertos dominios básicos —que requieren competencias culturales— o mantener las redes necesarias que permiten el acompañamiento necesario para la existencia. Reservaremos la idea de capital económico, cultural o social para

quienes se integran en ciclos renovados, pero siempre nuevos, de explotación del trabajo ajeno, de conversión de sus credenciales educativas en rentas de privilegio o de fabricación de contactos de acuerdo con una estrategia de posicionamiento rentable (p. 14).

No siempre es fácil distinguir entre lo uno y lo otro, porque la adquisición de un recurso vital puede convertirse en la búsqueda de su capitalización, y viceversa: el capital heredado o adquirido puede transformarse, en una situación de crisis, en un mero recurso para la supervivencia. Pero esta diferencia y esta transmutación siempre posible entre los recursos y los capitales (económicos, culturales y sociales) puede ayudar a entender las experiencias vitales narradas en las entrevistas.

La crisis de 2008 «surgió de un intento de compaginar los bajos salarios con el consumo conspicuo» (p. 19). Mientras que las políticas keynesianas se habían basado en «la intervención pública en la economía para mantener la demanda, compaginado ello con la pacificación de la lucha de clases por medio del pacto social entre capital y trabajo» (p. 19), las políticas neoliberales rompieron el pacto social de la posguerra y reactivaron la acumulación de capital mediante la bajada de impuestos, la privatización de servicios públicos, la globalización y liberalización de los mercados de capitales, mercancías y personas, la precarización de las condiciones laborales, salariales y sindicales, y el mantenimiento de la capacidad de consumo por medio del acceso masivo al crédito, con el consiguiente endeudamiento de familias y empresas. Esta «financiarización» de la economía hizo posible el *boom* inmobiliario, que estalló con la crisis de las hipotecas basura y la multiplicación de impagos, desahucios y cierres de muchos pequeños negocios. Estos

impactos sociales son los que afloran en los relatos de las personas entrevistadas.

El libro consta de trece capítulos agrupados en tres partes diferentes: la primera parte aborda «La experiencia de la crisis en el nuevo y el antiguo proletariado»; la segunda se plantea «¿Qué queda de media en la clase media?»; y la tercera, titulada «Marcajes étnicos y ciudadanía laboral», se ocupa de los colectivos discriminados y racializados de inmigrantes extraeuropeos. Cada una de estas tres partes comienza con una breve introducción que contextualiza y conecta entre sí los capítulos agrupados en ella.

La primera parte es la más extensa. Reúne seis de los trece capítulos del libro. Todos ellos se ocupan de personas de clase trabajadora autóctonas, excepto uno de los entrevistados que es de origen argentino. En todas las entrevistas se narra la degradación de las condiciones de vida en los años posteriores a la crisis. El primer capítulo («Cartografías del laberinto. Repertorios ante la esclavitud limitada y la autonomía heterónima»), firmado por David Casassas y Julio Martínez-Cava, se basa en tres entrevistas a otras tantas personas con trayectorias biográficas muy diferentes (Roser, Jorge y Santiago), aunque las tres experimentan la creciente precariedad laboral y la pérdida de control sobre el propio trabajo, tanto en la situación de asalariado como en la de autónomo, y sueñan con una vida de rentistas que les exima de la esclavitud del trabajo. Algo análogo sucede en el segundo capítulo («Perdiendo en la crisis»), firmado por Alberto Garzón Espinosa, en el que el trabajador entrevistado (Francisco) procede de una familia de pescadores y albañiles, encadena uno tras otro distintos empleos precarios y sin embargo se ha derechizado con respecto a sus padres, al entender que los

inmigrantes son los culpables de la precariedad que sufren los autóctonos.

El tercer capítulo («Acoso sindical en el trabajo»), firmado por Luis Enrique Alonso, Carlos J. Fernández Rodríguez y Rafael Ibáñez Rojo, muestra cómo las empresas españolas han ido reprimiendo de manera cada vez más directa la actividad sindical de sus trabajadores, basándose en la restrictiva reforma laboral puesta en marcha por el gobierno de Mariano Rajoy, del Partido Popular. Los dos sindicalistas entrevistados (E. y K.) reflejan dos situaciones muy diferentes: la de una gran empresa industrial con una tradición de sindicatos fuertes, y la de una empresa del nuevo sector del conocimiento en el que apenas ha tenido presencia la actividad sindical.

El cuarto capítulo («La soledad de los incurables del amianto»), firmado por Andrés Pedreño Cánovas, se ocupa de un aspecto fundamental de las condiciones de trabajo, especialmente en lo que Ulrich Beck llamó la «sociedad del riesgo»: las enfermedades profesionales derivadas del uso de maquinaria pesada, materiales contaminantes y sustancias tóxicas para la salud. En particular, se centra en los numerosos casos de enfermedad y de muerte debidos al contacto con el amianto o asbesto, primer cancerígeno laboral. Según la OMS, cada año mueren en el mundo más de 100.000 personas por enfermedades relacionadas con el amianto. El caso analizado es el de Ricardo, un trabajador de un astillero de construcción naval en Cartagena, que una vez jubilado se convierte en el presidente de una asociación de afectados y emprende una obstinada lucha contra la empresa, los médicos y los jueces, para conseguir que a él y a sus compañeros se los reconozca como afectados por una enfermedad profesional y, en razón de ello, se les indemnice debidamente.

Concepción Castrillo, Carlos de Castro, María Arnal y Paz Martín son las autoras del quinto capítulo: «Cuando lo

que se hereda es la pobreza: género, vulnerabilidad y crisis». La protagonista es Marta, una mujer de 32 años que procede de una familia muy pobre, comienza a trabajar a los 14 años y a los 18 se queda embarazada. Su vida transcurre en un barrio periférico del sur de Madrid, entre trabajos precarios de camarera, limpiadora y cuidadora de personas mayores, solicitudes infructuosas a los servicios sociales públicos, ayudas asistenciales de organizaciones humanitarias y la crianza de sus dos hijos. Invierte sus ahorros en un pequeño bar, con la pretensión de ser una «empresaria», incurre en una serie de deudas que no puede pagar y finalmente tiene que cerrar el negocio y volver a su vida de empleada precaria y madre sin apenas ayuda de su segunda pareja. La crisis no modifica sustancialmente una vida de pobreza que había heredado desde su nacimiento. Y no confía en que «ellos» (los políticos) vayan a mejorar sus condiciones materiales de vida.

Mario Ortí, María Gómez Garrido y Héctor Gil Rodríguez son los autores del quinto capítulo: «Camareras de piso. Sobrevivir, organizarse en la *normalidad* postcrisis». Las protagonistas son Carmen y Rosa, dos camareras de piso que proceden de la provincia de Cádiz, pero que trabajan en hoteles de Mallorca. Describen la dureza y la arbitrariedad de sus condiciones de trabajo, en el marco económico español del turismo de sol y playa, pero también el proceso personal por el que comenzaron a cultivar su autoestima y a movilizarse sindicalmente, gracias al movimiento de las Kellys, que ha logrado dar visibilidad al trabajo de las camareras de piso en España.

La segunda parte del libro, como ya he dicho, gira en torno a la pregunta «¿Qué queda de media en la clase media?», y consta de cuatro capítulos. El primero («Vivir y trabajar en el medio rural») lo firma Sergio Andrés Cabello.

Es una aproximación a la llamada «España vaciada», y en concreto a la zona de montaña y media montaña de la Rioja, uno de los territorios más afectados por la despoblación y por el envejecimiento de sus habitantes. El capítulo se basa en tres entrevistas a tres personas con perfiles diferentes (aunque en una de ellas participa también la pareja del entrevistado): Juan, un joven ganadero de ovino con estudios superiores y perfil de «neorrural», que vive con su pareja y dos hijos pequeños en una casa de alquiler, en un pueblo de menos de quinientos vecinos; Martín, un hombre maduro y con estudios superiores, ganadero de bovino y carnívero, nacido en el mismo pueblo donde reside (menos de cien habitantes), con una casa de su propiedad, casado con una mujer que ejerce una profesión cualificada fuera del municipio, y con tres hijos mayores que también han estudiado fuera; Mari Mar y Ángel (nombres reales), una pareja de «neorurales» con estudios superiores que dejaron sus trabajos cualificados en la ciudad para regresar al pueblo de sus padres en el que solían pasar los veranos, tienen un hijo preadolescente, se han construido una casa nueva y han montado un negocio de gastronomía, salud, formación, etc. Todos ellos han elegido vivir en el campo, pero reconocen las muchas dificultades con las que se encuentran y denuncian la falta de políticas públicas que faciliten la vida en las zonas rurales.

El segundo capítulo de la segunda parte («Valores financieros y valores morales») lo firma José Luis Moreno Pestaña, uno de los coordinadores del libro, y se basa en una entrevista a Antonia, una licenciada en ciencias empresariales procedente de una familia de clase media, que en muy poco tiempo consigue ser directora de una sucursal bancaria en el noroeste de España,

reivindica su ética profesional meritocrática y al mismo tiempo su condición de empleada bancaria, y recuerda de forma muy ambivalente el *boom* inmobiliario, la crisis de los impagos, la protesta de los desahuciados, etc. El tercer capítulo («En el corazón del IBEX 35») lo firma Miguel Rubiales Pérez y se basa en la entrevista a María, una alta ejecutiva de grandes empresas españolas que vive en el barrio más caro de Madrid, percibe unos ingresos anuales que en 2014 superaban los 200.000 euros, y está satisfecha de haber ascendido por sus méritos profesionales y sus contactos sociales.

El cuarto y último capítulo de la segunda parte («Tras la burbuja inmobiliaria. Vida cotidiana, clase social y dobles vínculos en las nuevas periferias urbanas»), firmado por Inés Gutiérrez Cueli, David Prieto Serrano y Marina Requena-i-Mora, se ocupa del proceso de «financiarización» de la economía, y en particular del endeudamiento de la clase trabajadora para acceder a una vivienda en propiedad. Las autoras se centran en los PAU (Programas de Actuación Urbanística) que en plena burbuja inmobiliaria se construyeron en la periferia de Madrid, concretamente en el de Carabanchel, conocido como «La Peseta». Entrevistan a dos mujeres, Ruth y Ana, que son representativas de las muchas parejas jóvenes que trataron de ascender socialmente al adoptar el modo de vida de la clase media en urbanizaciones cerradas, con piscina propia y otros servicios comunitarios.

La tercera parte del libro («Marcas étnicas y ciudadanía laboral») consta de tres capítulos y se centra en las personas trabajadoras que proceden de países extraeuropeos. El primer capítulo («Cuerpos racionalizados»), firmado por Roser Manzanera y Camila Gama, da voz a dos estudiantes universitarias (la guineana Sara y la colombiana Mayte)

que viven en una ciudad del sur de España y narran las violencias sufridas por su género y por el color de su piel. El capítulo siguiente («Lo que permanece. Navegar en la condición de inmigrante»), firmado por Alberto Martín Pérez y Monserrat Ferrás Murcia, tiene como protagonista al argelino Khalil, de origen bereber o *kabyle*, que se exilia por motivos políticos, reside en una ciudad catalana, encadena trabajos precarios, monta un negocio de limpieza de vehículos que acaba cerrando tras la crisis, se casa con una española y tiene con ella una hija, estudia Ciencias Políticas, se considera un «ciudadano musulmán», participa en la asociación de padres y madres de la escuela de su hija, es un activista socio-político muy crítico con las comunidades musulmanas cerradas sobre sí mismas, y sin embargo sigue siendo tratado como un inmigrante y sobrellevando una vida laboral precaria.

El último capítulo del libro («El trabajo doméstico interno. Las sombras del familiarísimo español») lo firman Inés Campillo y Jorge Sola. En él se analiza el papel decisivo desempeñado por las mujeres inmigrantes en los trabajos de cuidados de las familias españolas. Es la llamada «cadena global de cuidados» en la que se revela la desigualdad entre el Norte y el Sur globales, y que por tanto conecta de manera estructural la «gran miseria» de

los países pobres con la «miseria relativa» de los países ricos. La protagonista es Gloria, una inmigrante latinoamericana muy pobre que se ve obligada a dejar a su marido y a sus hijos en su país de origen para conseguir un «buen» trabajo en Madrid, donde es contratada como asistente interna en varios hogares de clase media (primero sin papeles y luego con papeles) para cuidar a distintas personas mayores hasta su fallecimiento.

He enumerado todos los capítulos y todas las entrevistas que se transcriben en ellos, para poner de manifiesto que *Todo lo que entró en crisis* es una obra sociológica de gran alcance, en la que se nos ofrece un mapa muy amplio y muy representativo de las clases trabajadoras en España (proletariado, clases medias urbanas y rurales, y colectivos inmigrantes), y se nos muestra cómo experimentaron la crisis de 2008 y las posteriores políticas de precarización de la existencia.

Además, es una obra polifónica en la que se entretajan la teoría y la práctica, la ciencia y la experiencia, las veinticinco voces de profesionales de las ciencias sociales que analizan las consecuencias de la crisis económica, cultural y social en la España posterior a 2008, y las veinte voces de las personas trabajadoras que narran y reflexionan sobre su propia experiencia vivida.

Soto Carrasco, David (2023). *Filosofía política y ética. Claves conceptuales para comprender el presente*. Valencia. Tirant lo Blanch. ISBN: 978-84-1147-218-0.

Reseñado por: Beatriz Gracia Arce. Universidad de Murcia.

Recibida: 02/08/2023. Aceptada: 14/08/2023

La reciente obra de David Soto Carrasco nos propone un acercamiento a la Filosofía política y la ética desde una perspectiva activa, esto es, no entendida desde la visión clásica de la filosofía como una sucesión de corrientes y conceptos, sino como una disciplina que interpela al presente y nos proporciona las claves para articular un pensamiento crítico. Podemos estructurar la obra en dos partes: la primera donde se traza la explicación de conceptos políticos fundamentales, como son la «filosofía política», la «soberanía», el «contrato», la «división de poderes», la «federación», la «legitimidad» o el «populismo»; la segunda parte aborda la relación de la ética con el presente, la política o la sociedad, etc., fundamental para introducir los nuevos conceptos nacidos de la realidad actual que necesita ser nombrada.

El capítulo 1, destinado a abordar un amplio concepto como es el de «Filosofía política» se articula a través de cuatro ejes y seis autores fundamentales que, desde la perspectiva actual, han dado un giro a lo político. El punto de partida es claro para el autor, ya que aborda la filosofía política como una herramienta crítica. Para éste, el punto de partida es el giro que da Koselleck al propio concepto de «Historia» que repercute directamente en la metodología para abordar la filosofía política basada en la historia de los conceptos. Estudiar los conceptos como un registro de la realidad que se enmarca en un «presente permanente», donde los conceptos políticos están cargados de la experiencia y horizonte de expectativa. El vínculo entre pasado y futuro.

En este punto, el autor consigue enlazar las premisas fundamentales de Koselleck con el concepto de secularización, base fundamental del pensamiento moderno. Desde ahí aborda el concepto de modernidad para Carl Schmitt, la crítica a la filosofía de la historia de Löwith y la legitimidad vista por Blumenberg. El trayecto final nos conduce a ¿qué es lo político y la política? Para ello vuelve sobre uno de los textos fundamentales de Schmitt y su concepto de lo político, así como a su dualidad antagónica de amigo y enemigo. Frente a esta dualidad, David Soto recupera la propuesta de Arendt que nos lleva a un planteamiento de la pluralidad política como un espacio de encuentro. Como síntesis a su planteamiento de lo político, cierra con Chantal Mouffe autora que nos invita a elaborar una síntesis entre el concepto de Schmitt y la pluralidad política de las comunidades democráticas. En este sentido, cobra fuerza el concepto de «agonismo» como contienda dentro de los cauces democráticos.

El capítulo 2 está dedicado al concepto «soberanía». Uno de los elementos fundamentales de la modernidad es cómo se construye la soberanía y cómo esta va perdiendo la vestimenta de una soberanía marcada por el orden divino y va adoptando el cuerpo de una soberanía secular marcada por la razón, que busca construir un orden. El autor conductor de este capítulo es Hobbes con la figura del soberano con un poder absoluto: el Leviatán, como dios que representa y tiene el poder de todos. Frente a esta figura base del estado absolutista, los capítulos 3 y 4 abordan los conceptos de «contrato» y «división

de poderes», conceptos nacidos en contraposición al modelo de estado absoluto de Hobbes, personificado en las propuestas de Locke, Rousseau y Kant que asientan los cimientos del liberalismo clásico y su concepto de la libertad individual (Locke). Rousseau varía el punto de partida en tanto que el estado natural del hombre no era el caos, sino la armonía y era precisamente la civilización quien degradaba ese estado natural. En este sentido, si se vive en armonía e igualdad, los conceptos que desarrolla van dirigidos a la comunidad como voluntad general cimiento de una soberanía popular. Por su parte, Kant, en los albores de la Revolución, inaugura la concepción realista de la política, de la autonomía de la razón (*¡Sapere aude!*), que garantiza el estado constitucional de derecho, que será la barrera para el conflicto. El capítulo destinado a la división de poderes tiene como autor conductor a Montesquieu, representante de la tradición republicana. Señala que los hombres son sociales, pero necesitan las leyes, así como también una serie de mecanismos que nos alejan del absolutismo, esto es la distribución o división de poderes.

Los capítulos 5, 6 y 7 nos abren el camino de tres conceptos políticos — federación, legitimidad y populismo— que van a ser conceptos fuerza tras el triunfo de las revoluciones liberales. Una vez desterrado el «viejo orden», se plantea cómo sentar las bases del estado, el poder y la relación de éste con el pueblo. El nacimiento de la constitución federal estadounidense nos dijo que los estados quedan organizados y fundados sobre la ley fundamental que garantiza el pluralismo dentro de la unidad, donde es necesario un doble equilibrio entre los distintos estratos de niveles de poderes y competencias. Es interesante que el autor recoge la originalidad del caso federal en España, pues aquí el federalismo nace como un elemento de modernizar el estado liberal a mediados del siglo XIX,

siendo una fórmula capaz de consolidar el estado democrático y el reconocimiento de la pluralidad histórica, política e identitaria. Es una fórmula de equilibrio político, pero también de reconocer las distintas comunidades políticas nacionales existentes. Y es también en este siglo XIX donde el consenso liberal se desestabiliza ante el desarrollo del capitalismo industrial y el nacimiento de la clase obrera desprovista de derechos políticos en dicho sistema. Es desde aquí desde donde plantea y desarrolla el concepto de «legitimidad», a través de la vía nihilista nietzscheana, Tönnies y su concepto de comunidad y el omnipresente Max Weber y sus formas de distinguir la legitimidad. Finaliza este bloque conceptual abordando el «populismo», sin duda uno de los conceptos más vigente a nivel político en la actualidad, pero que también le sirve al autor para volcar todo el bagaje desarrollado hasta este capítulo. Aquí revive el concepto de hegemonía, antagonismo, liderazgo, agonismo, etc.

A partir del capítulo 8 se inicia lo que consideramos el segundo bloque del libro, centrado en el concepto de ética y su relación con el presente, la política, la sociedad y las propias ciencias sociales. Dicho capítulo actúa como introducción a estos caminos de la ética, pues señala las líneas argumentales clásicas de la ética, desde la ética formal de Kant a las éticas contemporáneas de John Rawls y Jürgen Habermas.

Este segundo bloque, del capítulo 9 al 13, es muy enriquecedor debido a la relación directa que establece entre la ética y el mundo que vivimos, como disciplina que interpela a la realidad, permite plantearnos el neoliberalismo, las consecuencias de la acción del hombre sobre el medio esbozando las líneas maestras de los conceptos de Antropoceno o Capitaloceno. Dos conceptos de enorme actualidad y muy ricos para profundizar detenidamente que, junto a su perspectiva de estudio de

la relación entre ética y sociedad, consiguen trazar la estructura teórica fundamental a través de Honneth y su teoría del reconocimiento, además de los ya clásicos autores que abordan la globalización, como son Beck, Held, Hardt y Negri.

Estamos ante una obra sólida que nos permite acercarnos a las claves elementales de la filosofía política y ética de una forma clara y didáctica, donde se rastrea la formación rigurosa del autor de figuras claves como Schmitt, Weber o Laclau, pero, sobre todo, acogiendo vías nuevas de estudio que piensan, como hemos comentado, la realidad actual, elemento que distingue de forma positiva esta obra sobre otros compendios de la materia.